

CREADORES DE UNIVERSOS:
TEMPUS



IVÁN ZALDÍVAR SANTAMARÍA

Creadores de universos: Tempus

Iván Zaldívar Santamaría

Primera edición: junio, 2021

Título: *Creadores de Universos: Tempus*

© Iván Zaldívar Santamaría, 2021

© Ilustración de cubierta: Toni Guerola

© Corrección: Israel Sánchez y María Juarros

© Diseño y maquetación: María Juarros

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Índice

Agradecimientos.....	9
Introducción.....	11
Capítulo 1.....	13
Capítulo 2.....	25
Capítulo 3.....	35
Capítulo 4.....	47
Capítulo 5.....	59
Capítulo 6.....	73
Capítulo 7.....	83
Capítulo 8.....	93
Capítulo 9.....	103
Capítulo 10.....	113
Capítulo 11.....	125
Capítulo 12.....	135
Capítulo 13.....	149
Capítulo 14.....	161
Capítulo 15.....	173
Capítulo 16.....	185
Capítulo 17.....	197
Capítulo 18.....	207
Capítulo 19.....	219
Capítulo 20.....	231
Capítulo 21.....	243
Capítulo 22.....	253

Capítulo 23.....	265
Capítulo 24.....	277
Capítulo 25.....	289
Capítulo 26.....	301
Capítulo 27.....	313
Capítulo 28.....	323
Capítulo 29.....	333
Capítulo 30.....	343
Capítulo 31.....	353
Capítulo 32.....	365
Capítulo 33.....	377
Capítulo 34.....	387
Capítulo 35.....	395
Capítulo 36.....	401
Epílogo.....	413

Agradecimientos

De nuevo, mis primeros agradecimientos van para mi familia: mis padres, mi hermana, mi esposa y mi hija. Sin vosotros nada de esto hubiera sido posible.

A mis amigos, que me han soportado durante toda mi vida y han contribuido a que mi cabecita vague por otros mundos con plena libertad.

Todo mi reconocimiento y devoción para mis lectores cero por su ayuda con los comentarios, correcciones y aportaciones a este el segundo volumen de la saga: Diego Téllez, Cristina Bastida, Fiti, Mayte Trascos y Luis María Díez de Ansuriza.

No puede faltar el ilustrador que ha creado la impactante portada del libro, Toni Guerola, y, por supuesto, el soporte incondicional y desbrozado intenso en la corrección de Israel Sánchez y María Juarros.

Como siempre y más importante, a mis lectores, que hacen posible que siga adelante con este proyecto con la misma ilusión o más que con la que empecé. Espero que disfrutéis de esta aventura tanto como lo estoy haciendo yo.

Introducción

La criatura se arrastró por los oscuros corredores dejando tras ella un obvio rastro de sangre verduzca. Había sido ella quien detectó a las recién llegadas y quien, orgullosa, se lo había comunicado al resto del grupo. Se dirigían al encuentro de su líder cuando fueron atacadas por otras manadas.

«¿Por qué? —pensó—. ¿Envidia? ¿Querían ser ellos los que llevaran la noticia a su creador?». Ya no importaba. Sus compañeras cayeron al protegerla y sería ella quien llegase primero, aunque estaba al tanto de que sus perseguidores estaban cerca.

Alcanzó temblorosa la cámara, al límite de sus fuerzas, y pulsó los botones con lo que le quedaba de la mano. Un tubo de hibernación surgió de la pared con un sonido sibilante. Cuando el humo se disipó, la criatura observó el contorno del Único tras el cristal.

Fue lo último que vio. Sus perseguidores se abalanzaron sobre su maltrecho cuerpo y la despedazaron sin piedad, devorando la carne, moliendo los huesos y absorbiendo la sangre. Para cuando la pantalla translúcida se retiró y el Único se levantó del largo descanso, no quedaba nada de ella.

El recién despertado parpadeó confuso por un momento y vio a sus creaciones alrededor, postrándose ante él. Sonrió complacido, sabedor de lo que aquello significaba.

Capítulo 1

Un repentino relámpago iluminó el desolador paisaje. Todo lo que se veía era un páramo volcánico rodeado de suaves montañas y cubierto por una tupida cortina de nubes oscuras, tan densas que hacían imposible diferenciar si era de día o de noche.

Sara se arrodilló ante Zor-eel y contempló su cara, alumbrada por un nuevo foganazo en el cielo. Le acarició con cariño la mejilla, aferrándose a lo único conocido alrededor, y sintió una cálida sensación al observar el débil parpadeo de su compañera.

Zor-eel se sobresaltó al notar a alguien al lado y abrió los ojos.

—¡Sara! —exclamó confundida—. ¿Qué ha pasado? ¿Dónde estamos? —preguntó mientras miraba asustada alrededor y se incorporaba.

—No lo sé. —Sara la ayudó a levantarse—. ¿Estás bien?

—Sí, creo —dudó la sacerdotisa tras mirarse y palparse—. ¿Cómo hemos llegado aquí? Lo último que recuerdo es estar con aquel hombre, el archivista, en una sala llena de puertas.

Sara le resumió los últimos minutos de su vida: tras hablar con el archivista y que este le explicase, de manera enigmática, que estaba inmersa en una prueba para decidir la suerte del universo, le había instado a elegir el siguiente destino. Le había dado a elegir entre tres mundos, afirmando que cada uno se correspondía con un aspecto fundamental del cosmos. De entre las opciones que le ofreció había descartado la oscuridad y, tras dudar entre la vida y el tiempo, se decidió por este último, apremiada al saber que su compañera corría peligro si no abandonaban el cruce, el lugar en el que habían conocido al misterioso hombre.

—Al traspasar el portal aparecimos aquí —explicó con preocupación—. Eso es todo.

Ambas contemplaron con detenimiento la yerma vista iluminada por un nuevo relámpago, que en esa ocasión se vio acompañado por el tardío y lejano retumbar del trueno.

—Creo que esa tormenta está acercándose —dijo Zor-eel mirando

en la dirección desde la que provino la luz—. Haríamos bien en buscar refugio, por si acaso.

—Allí —sugirió Sara señalando la elevación más cercana—. No parece haber un lugar mejor.

Por el camino repasaron los acontecimientos: primero dejaron Dilmun y luego salieron del cruce, recordando las palabras del archivero sin llegar a una conclusión clara. Sara se dio cuenta del interés que los señores de aquel hombre despertaban en su amiga. Parecían compartir la naturaleza de la supuesta madre de Ninmah y, de ser así, Zor-eel estaba convencida de que poseían atributos divinos, o al menos las respuestas que había perseguido durante toda la vida. Sara podía ver el nuevo brillo en los ojos de la sacerdotisa, el germen de una antigua fe madurando en su interior.

Para cuando alcanzaron la elevación, la tormenta se había acercado y vuelto más violenta. Los rayos rasgaban amenazadores el cielo y los truenos, que ya casi se sucedían de inmediato a los resplandores, retumbaban tan alto que resultaban ensordecedores. Era un fenómeno seco, sin precipitaciones.

Inspeccionaron el terreno con rapidez, acuciadas por la tempestad. Todo era igual, oscura roca sin nada que creciera en ella. A falta de otro lugar donde cobijarse, se acurrucaron abrazadas bajo un saliente y observaron atemorizadas los incesantes rayos, que seguían aproximándose.

—¿Dónde nos han enviado? —gimió Zor-eel con voz temblorosa—. ¿Es una especie de castigo?

—Algo ha debido salir mal, esto no puede ser verdad. ¿Qué esperan que hagamos en un sitio como este? —dijo asustada Sara.

Las dos dieron un brinco cuando un estallido hizo saltar la roca a varios cientos de metros del lugar donde se encontraban. Sara miró alrededor con espanto y se abrazó con más fuerza a Zor-eel.

—Tenemos que encontrar otro refugio. Si la tormenta llega a nosotras vamos a morir aquí.

—No hay nada más —dijo desesperada la sacerdotisa.

—¡No! —gritó Sara hacia el oscuro cielo—. Me niego a acabar así después de todo lo que hemos pasado.

Se levantó de repente, salió del improvisado refugio e inspeccionó de nuevo los alrededores. La tormenta era ya tan virulenta que el brillo de las descargas había dominado a la oscuridad y le permitía ver con claridad. Entrecerró los ojos y creyó detectar una posible vía de escape.

—¡Zor-eel! Creo que veo algo —anunció señalando con el dedo la pared de roca varios metros más allá.

La sacerdotisa se levantó, esperó hasta que el cielo volvió a iluminarse y se estremeció con el sonido que le reverberó en el pecho.

—Sí, yo también lo he visto. ¿Es una puerta? —preguntó dudando acerca de lo que había creído distinguir.

—Eso creo, comprobémoslo.

Las dos corrieron hasta allí. Palparon donde la piedra terminaba y daba paso a una superficie pulida de tacto metálico. Recorrieron con los dedos la delgada línea vertical que se levantaba desde el suelo hasta perderse por encima de sus cabezas.

—¡Sí, es una puerta! —exclamó esperanzada Sara—. Busquemos cómo abrirla.

Examinaron los contornos de la abertura mientras lanzaban breves miradas atrás. Una densa capa de oscuridad apareció en la lejanía y avanzó a toda velocidad hacia ellas. Sara, desalentada al no encontrar nada, gritó y comenzó a golpear la puerta con los puños.

—Por favor —suplicó—, ¿hay alguien ahí? Necesitamos ayuda.

Un nuevo relámpago lo iluminó todo a la vez que el trueno retumbaba en sus cuerpos. Sara volvió asustada la cabeza y vio llegar la oscuridad hasta el saliente bajo el que se habían cobijado. Al mismo tiempo, un delgado haz de luz azulada surgió de la roca sobre sus cabezas y las recorrió de arriba abajo.

El metal se quejó durante un instante y se abrió, ofreciéndoles una oscuridad todavía mayor que la que se cernía sobre ellas. Sin pensárselo dos veces, Sara cogió de la mano a Zor-eel y se adentró en la negrura. El metal volvió a su posición y las separó de la tormenta.

Se quedaron en silencio durante unos segundos, casi sin atreverse a respirar. Sufrieron un sobresalto cuando las luces se encendieron revelando un pasillo y aún más cuando parpadearon y se volvieron a apagar. Todo lo que habían podido ver era un corto corredor

que desembocaba en otra puerta. Sara avanzó a tientas hacia allí con Zor-eel cogida de la mano.

A medio camino, las luces volvieron a encenderse, esta vez con un fulgor rojizo que lo bañó todo.

—¿Dónde estamos? —preguntó asustada Zor-eel.

—No lo sé, pero al menos nos hemos librado de la tormenta. Esto parece un antiguo búnker. —Sara pronunció la palabra en su propio idioma—. Un refugio. Mira, no es una puerta, es un *ascensor* —dijo Sara al ver el botón a un lado—. Un elevador —aclaró tras encontrar el término que había estado buscando.

Pulsó el botón, que se iluminó débilmente. No oyeron ningún sonido hasta que las puertas se deslizaron hacia los lados con un ligero chirrido. Zor-eel examinó el estrecho habitáculo con recelo, haciendo partícipe a Sara con la mirada de la reticencia a entrar en él.

—No te preocupes. Hay muchos de estos en mi mundo, no hay peligro —la animó a pesar de que ella misma estaba un poco asustada. La sacerdotisa, no del todo convencida, se dejó conducir al interior.

Solo había un botón dentro de la cabina, así que Sara lo pulsó sin dudar. Las puertas se cerraron, sintieron cómo el habitáculo descendía y la respiración de Zor-eel se aceleró. Sara le apretó la mano para tranquilizarla, pero aquello no reconfortó a su amiga.

Tras unos segundos, el ascensor se paró y las puertas se abrieron. Ante ellas tenían otro pasillo teñido de rojo. Lo recorrieron hasta llegar a una puerta, que se abrió sola para revelar una gran sala. Se adentraron en ella titubeantes y examinaron todo bajo el resplandor carmesí. La habitación tenía dos puertas además de por la que habían entrado. En una de las paredes había una enorme consola y varias pantallas encima de esta. Todo estaba cubierto por una delgada capa de polvo que demostraba que no se había utilizado en mucho tiempo.

—¿Qué es este sitio? —preguntó Zor-eel mientras apretaba la mano de Sara.

—No... —comenzó a decir ella.

Las dos mujeres dieron un grito cuando un hombre apareció de la nada ante ellas. La figura comenzó a hablar, aunque ninguna entendió una sola palabra. Parecía no verlas, porque miraba al vacío mientras

soltaba su discurso. Los gestos que hacía eran amables: sonreía y abría los brazos de manera acogedora. Se dio la vuelta y caminó hasta la consola mientras seguía con la charla. Pareció coger algo y en la mano apareció, surgida de la nada, una pequeña esfera del tamaño de una uña. Sonrió de nuevo mirando al vacío y se la introdujo en la oreja mientras seguía hablando, para después inclinarse y desaparecer. Sara y Zor-eel se miraron atónitas.

—¿Qué demonios ha sido eso? —empezó a decir Sara—. Parecía...

El hombre volvió a aparecer y las mujeres volvieron a gritar. Hizo los mismos movimientos mientras hablaba en aquel lenguaje desconocido. Se volvió a acercar a la consola y repitió todo el proceso hasta desaparecer.

Sara miró a Zor-eel con una expresión astuta. Cuando el hombre volvió a aparecer, las mujeres no gritaron, aunque Zor-eel volvió a sobresaltarse. Sara, por el contrario, caminó hacia él y lo atravesó como si no existiese.

—¡Magia! —exclamó Zor-eel—. ¿O es un fantasma? —añadió atemorizada.

—No exactamente. Es una imagen generada por un artefacto como el mío, pero mucho más avanzado. —Sara intentó usar palabras que su amiga pudiera entender—. Creo que este mundo está mucho más evolucionado que los nuestros. Veamos esa cosa que nos indica en la consola.

—¿No será peligroso?

—Espero que no. Tampoco parece que tengamos muchas más opciones. Es eso, volver por donde hemos venido o probar una de esas otras dos puertas —dijo señalando a las salidas que todavía no habían explorado.

Sara se aproximó a la consola a la vez que la proyección; observó cómo el hombre hacía el gesto de levantar una pequeña tapa y la esfera apareció en su mano. Sara retiró el polvo y levantó el cierre. La pieza que la imagen les había mostrado reposaba en un hueco del panel. La cogió y la examinó: era una esfera de color negro y con un tacto similar al plástico. Miró a Zor-eel unos segundos y se la metió en la oreja. Observó con detenimiento la imagen del hombre y mostró una mueca de decepción. Zor-eel la contempló expectante.

—Nada —dijo Sara—. Por un momento pensé que sería alguna especie de *auricular* —dijo a sabiendas de que Zor-eel no iba a entender ese concepto—. Espera.

Se quitó la mochila de la espalda y rebuscó en ella. Sacó los auriculares del móvil, se los mostró a Zor-eel y le explicó cómo funcionaban.

—Creía que era algo así, pero o bien no lo es, o está roto —dijo mientras torcía los labios.

—¿Puedo probar?

—Claro, aunque no funciona. —Sara se encogió de hombros mientras le daba la esfera, que la sacerdotisa introdujo en su única oreja.

Se aproximó de nuevo a la consola y paseó a lo largo de esta, con una mano en la cadera y la otra en el lóbulo de la oreja. Estaba llena de conectores, pulsadores y luces, todos apagados. La energía parecía no llegar hasta la mesa. Se extrañó de que no hubiera ninguna silla, pero la voz de Zor-eel la sacó de sus cavilaciones.

—Sara, creo que he entendido algo —dijo con los ojos muy abiertos.

—¿Qué? —preguntó asombrada Sara.

—Espera. —Zor-eel levantó la mano—. Han sido solo un par de palabras y creo haber escuchado tu nombre.

Sara pensó que Zor-eel se lo habría imaginado y se volvió de nuevo hacia la consola. La recorrió durante un momento dejando el rastro del dedo en el polvo y se encaminó después hacia una de las puertas. Se detuvo a medio camino, indecisa.

—Sara, estoy entendiendo más —anunció Zor-eel tras haber escuchado otra vez el discurso de la proyección—. Te dan la bienvenida y te instan a despertar a alguien que está dormido.

—A ver —dijo Sara con escepticismo—. ¿Me dejas?

—Claro, toma. Es un aparato bastante incómodo.

Sara se puso el artefacto, observó la imagen de su anfitrión virtual y se fijó más en él: era un hombre atractivo, de mediana edad; la línea del pelo castaño se batía en retirada y lucía una cuidada barba salpicada de canas. Se percató de que la imagen parpadeaba y se distorsionaba de manera casi imperceptible en algunas ocasiones. Contempló una vuelta completa, pero siguió sin comprender una sola palabra.

—Yo no entiendo nada, Zor-eel —dijo con desánimo.

—A mí me ha costado, he tenido que escuchar el discurso varias veces —explicó la sacerdotisa.

Sara dibujó una mueca de fastidio. Escuchó un nuevo ciclo sin distinguir nada. Ya se daba por vencida y se dirigía de nuevo a la puerta cuando, en medio de todo aquel galimatías, captó el sentido de dos palabras seguidas. Extrañada, frunció el ceño sin estar segura de si en realidad había comprendido algo o se lo había imaginado. Al cabo de unos segundos abrió mucho los ojos cuando entendió el significado de parte de una frase.

—Creo que funciona —dijo asombrada—. Es como si le costase arrancar, pero hace algo.

Vio a Zor-eel asentir y se volcó de nuevo en el discurso, cada vez más claro. Tras varias escuchas completas, las palabras parecieron cobrar vida y ordenarse.

—Tenías razón, Zor-eel, perdona. Me da la bienvenida y dice que ellos, aunque no sé a quiénes se refiere, han estado esperando mi llegada durante mucho tiempo —dijo atónita.

—Creo que ese hombre y sus compañeros aguardan dormidos en otra sala. No he entendido quiénes son ni qué quieren de ti, ¿y tú?

—Yo tampoco —dijo Sara negando con la cabeza—. En realidad, no están dormidos, están en *animación suspendida*.

Explicó lo que ella había entendido del mensaje. Sabía que era un concepto que Zor-eel no poseía y que esa había sido la razón de que hubiera pensado que estaban dormidos.

—¿Tú entiendes la última parte del discurso? No tiene sentido para mí. Habla de alguien que nos puede ayudar, como un mayordomo, pero no hay nadie aquí —dijo Zor-eel.

—Dame un momento, déjame volver a escucharlo. —Sara levantó la mano para solicitar silencio.

Contempló la imagen del hombre y escuchó muy atenta. En cada ocasión las palabras se volvieron más claras. Algunas incluso cambiaban para darle un sentido más completo a las frases.

—La última parte hace referencia a una inteligencia artificial. —Vio

como su compañera la miraba confundida—. No sé cómo explicártelo. Es como un espíritu que te puede ayudar, responder preguntas y cosas así.

—¿Un oráculo? —preguntó Zor-eel.

—Sí —afirmó Sara, sin saber cómo explicarse mejor.

Vio a Zor-eel mirarla atónita mientras ella pensaba a toda velocidad, intentando comprender todo lo que había escuchado. Todavía había palabras que se le escapaban, pero el mensaje había quedado claro. Había una cosa más que le rondaba la cabeza: las pequeñas distorsiones en la proyección. Parecían producirse siempre en los mismos puntos y, aunque podía ser debido a fallos en la grabación, creía que había algo más.

—Zor-eel, quiero que lo oigas tú de nuevo. Fíjate en que a veces hay pequeñas interrupciones. Dime qué te parecen.

Le pasó el auricular y se encaró otra vez con la puerta que había dejado abandonada momentos antes. Se mordió el labio mientras reflexionaba, avanzó hacia allí y se detuvo indecisa dos pasos después. Se volvió, miró a Zor-eel y esperó a que esta se quitase el auricular.

—Me he dado cuenta de lo que decías, pero no he notado nada extraño —reveló su compañera.

—¿Estás segura? A mí me parece que esos cortes tienen un significado. —Vio a la sacerdotisa encoger los hombros—. Déjame que pruebe yo otra vez.

Se puso el auricular y volvió a escuchar el discurso varias veces más, cada vez más convencida de que aquello tenía un propósito.

—Voy a probar una cosa. Computadora, ¿estás ahí?

—Identificación de usuario: Sara. Acceso permitido. —La voz surgió de la nada, haciendo que Zor-eel se sobresaltase.

—Computadora, ¿quién es el hombre de la grabación?

—Usuario: Cinco —anunció la impersonal voz.

—¿Quién es el usuario cinco? —preguntó Sara.

—No comprendo. Especifique la pregunta.

—Sara, ¿de dónde sale esa voz? ¿Qué está diciendo? —preguntó Zor-eel. Se había acercado y la cogía con temor del brazo.

—Es el espíritu, el oráculo —se apresuró a decir Sara tras ver la mirada de su compañera.

—Usuario: Zor-eel, no reconocido. ¿Debo añadirlo como autorizado? —preguntó la voz.

—Sí. Hazlo, por favor —pidió Sara.

—Usuario: Zor-eel, añadido. Hablaré en vuestro idioma para que podáis entenderme —dijo la voz hablando en el idioma de Dilmun.

—Pero ¿esto cómo es posible? —preguntó atónita la sacerdotisa.

—Creo que tengo que explicarte varias cosas antes de seguir. Computadora, detén la proyección.

Sara comprobó complacida que la imagen del hombre se desvanecía. Cogió las manos de su amiga y le explicó durante un largo rato diferentes conceptos hasta que Zor-eel pareció entender.

—Tendrás que fiarte de mí, Zor-eel. No es que tenga todas las respuestas, aunque entiendo un poco mejor que tú este mundo. O al menos esta parte.

—¿Y ahora qué hacemos?

—Déjame ver si aclaro una cosa que me tiene intrigada. Computadora, hay unas interrupciones en la grabación que has detenido. ¿Cuál es su propósito?

—No entiendo. Especifique la pregunta.

Sara resopló molesta. Reflexionó durante un momento y su mirada se iluminó.

—Computadora, aísla los cortes en la grabación.

—Filtrando.

—No los elimines, tan solo júntalos.

—Procesando. Proceso terminado —anunció la voz al cabo de un segundo.

—Muéstranos el resultado.

La imagen del hombre volvió a aparecer y soltó un pequeño discurso entrecortado. Ni Sara ni Zor-eel entendieron una sola palabra.

—Computadora, reproducélo en nuestro idioma —pidió Sara.

La imagen volvió a aparecer y habló con otros sonidos, pero sin ningún sentido. Sara frunció el ceño. Pensó durante unos momentos y, sin estar del todo segura, dijo:

—Computadora, busca combinaciones de sonidos en tu idioma que formen frases con sentido.

—Procesando.

En esa ocasión la operación duró un par de segundos hasta que la voz habló de nuevo.

—Reconocido patrón de cifrado. Mensaje ordenado y disponible.

—Reproducélo en nuestro idioma.

La imagen del hombre volvió a aparecer ante ellas.

—Sara, tú no me conoces, pero es vital que despiertes a Trece antes que a nadie más —dijo antes de guardar silencio y desaparecer.

—¿Eso es todo?

—Mensaje concluido —anunció la computadora.

Sara miró a Zor-eel con los ojos entrecerrados. Su amiga le devolvió una mirada perpleja.

—Computadora, ¿quién es Trece? —preguntó Sara.

—No comprendo. Especifique la pregunta.

—¡Maldita sea! —exclamó irritada Sara—. No sé qué vamos a poder sacar de esta máquina. ¿Tú qué opinas, Zor-eel?

—Que no entiendo nada, lo siento —dijo ella, entristecida por no poder ser de más ayuda.

—Ya, no te preocupes. Solo tenemos que dar con las preguntas apropiadas. Parece que nuestra nueva compañera no es muy lista. Computadora, ¿cuáles son tus funciones? ¿En qué puedes ayudarnos?

—Dispongo de muchas funciones. Las habilitadas para tu usuario son aquellas que te permitan comprender el mensaje y hacer lo que en él se indica.

—¡Mierda! —exclamó Sara—. Parece que no tenemos muchas opciones.

—¿Me lo explicas? —pidió confundida Zor-eel.

—Parece que solo podemos seguir las indicaciones del discurso y despertar a quien sea que esté en una de las salas contiguas. Sin embargo, hay una cosa que no tengo clara —añadió dudando—. ¿Tú qué crees que deberíamos hacer? ¿Despertar al tal Trece antes que a los demás o hacerlo con otros?

—No te sabría decir. El segundo mensaje decía que era importante despertar a Trece en primer lugar.

—Ya, no sé. ¿Qué intenciones tendrán los habitantes de este sitio?

—El hombre de la imagen parecía amable.

—Aunque quisiera matarnos no se iba a mostrar amenazante, ¿no crees? —replicó Sara un poco molesta por la ingenuidad de su amiga.

—Tienes razón —se limitó a decir su compañera, confundida.

—Perdona, no es culpa tuya, es solo que estoy un poco tensa por todo esto.

—No te preocupes, te entiendo.

Sara reflexionó durante unos momentos. Repasó los hechos desde que habían aparecido en aquel mundo, pero eso no le sirvió de ayuda. Respiró profundo y soltó un suspiro.

—Computadora —dijo mirando al techo—, indícanos dónde debemos ir.

Una de las dos puertas se abrió casi en silencio. Sara cogió a Zor-eel de la mano y se adentraron en la nueva sala. Era tan grande como la que acababan de abandonar y no había nada en ella salvo en las paredes laterales, donde unas finas líneas dibujaban unos nichos circulares, ordenados en fila, veinte a cada lado. Todo apuntaba a que los receptáculos donde reposaban los habitantes de aquel lugar estaban dentro de la pared.

—Última oportunidad para tomar una decisión —le dijo a Zor-eel—. ¿Despertamos a Trece como nos decía el mensaje oculto, al hombre del discurso, a otro?

—No lo sé, yo no entiendo nada. Elige tú.

—Como quieras. Me alegro de que no seas supersticiosa —dijo Sara una vez tomó la decisión.

—¿A qué te refieres?

—No importa, era solo una tontería. Computadora, despierta a Trece —solicitó.

—Procediendo.

Oyeron un sonido y el tubo de hibernación surgió de la pared, rodeado de vapor. Cuando se disipó, vislumbraron una figura humana en el interior a través de un cristal traslúcido. Este se retiró de vuelta a la pared y reveló a una mujer madura, de pelo cano recogido en un moño y vestida con un mono ajustado y oscuro. Tras unos momentos, la mujer abrió unos ojos blanquecinos mientras inhalaba con fuerza y las miró sin verlas.

Capítulo 2

Sara y Zor-eel dieron un paso atrás, asustadas, cuando la mujer se levantó de su lugar de descanso. Aunque estaba claro que era ciega, caminó con confianza hacia ellas.

—Sara —la llamó con cariño—. Y Zor-eel, qué curioso —añadió reflexionando.

—¿Nos conoces? —dijo asombrada Sara.

—Te entiendo —exclamó asombrada Zor-eel. No llevaba la esfera puesta, la tenía Sara.

—No hay tiempo de explicaciones ahora, tenéis que acompañarme. —La desconocida las cogió de la mano y tiró de ellas hacia la salida.

—Pero... —empezó Sara sin saber si oponerse o no.

—No te preocupes, os lo explicaré todo más tarde. Ahora no tenemos tiempo —repitió la mujer con una urgencia innegable.

Sara y Zor-eel se dejaron conducir, desconcertadas, mirándose la una a la otra. Regresaron a la habitación de la consola y atravesaron la última salida hasta un largo corredor con puertas a ambos lados.

—¿Dónde vamos? —preguntó Sara mientras caminaba a toda prisa, acuciada por la desconocida.

—A mi habitación. Tenemos que darnos prisa.

Las llevó hasta la mitad del pasillo y abrió una de las puertas del lado derecho, que conducía a un dormitorio. Una vez dentro, siguió tirando de ellas hasta una cama y las soltó para sacar algo de uno de los cajones de una cómoda.

Sin mediar palabra, se volvió de improviso, clavó un cilindro blanco en el hombro de Zor-eel y presionó con el pulgar el extremo. La sacerdotisa se revolvió alarmada.

—¿Qué...? —fue todo lo que atinó a decir. Levantó el brazo, pero nada le sucedió a su atacante.

Sara cogió a la mujer y la apartó de su amiga. La ciega soltó el cilin-

dro, que cayó al suelo con un ruido sordo y rodó hasta detenerse.

—¿De qué vas? —masculló Sara—. ¿Qué ha sido eso?

—Ya me lo agradeceréis luego. Tan solo recordad esto: a pesar de lo que pueda pareceros, tú tienes el control, Sara —fue todo lo que dijo la desconocida.

De repente, la puerta se abrió y aparecieron tres personas más. Sara se separó de la mujer y se encaró con ellos. Uno era el hombre de la imagen, que se acercó a ella con el rostro preocupado y las manos en alto, como demostrando que no traía malas intenciones. Una mujer negra se acercó a toda prisa hasta la de pelo blanco, sacó un cilindro similar al que reposaba en el suelo y le pinchó con él en el cuello. El tercero, un joven de rasgos orientales, se quedó en la puerta, demasiado asombrado para moverse.

—Sara —dijo el hombre de la proyección sin acercarse a ella—. Lo lamento mucho. No sé cómo ha podido pasar.

—¿Qué es todo esto? —preguntó Sara en actitud defensiva mientras la tal Trece se desmayaba y la agresora la cogía en brazos.

Se acercó a Zor-eel hasta que sintió el cuerpo de su amiga pegado al suyo y la miró de soslayo para comprobar que estaba bien.

—Treinta, acomoda a Trece —dijo el hombre dirigiéndose a la mujer—. Ocho, revisa la energía —le ordenó al muchacho—. Sara, perdona de nuevo. Creo que hay mucho que explicar.

Sara vio cómo la recién llegada se llevaba a Trece. Para entonces el joven ya se había ido. El hombre que había dado las órdenes se acercó a ella con una sonrisa afable.

—¿Quiénes sois? ¿Por qué nos conocéis? —preguntó Sara todavía en posición defensiva.

—Siento de veras que hayamos comenzado así —se disculpó él—. Si sois tan amables de acompañarme os lo explicaré todo en un lugar donde estemos más cómodos.

—No me has respondido —dijo desafiante Sara.

—Perdóname. Estoy un poco confundido tras despertar y ver lo que ha ocurrido. Permite que me presente: soy Cinco y tanto yo como mis compañeros somos los habitantes de este planeta, Tempus. —El

hombre hizo una leve inclinación—. No es que te conozca, sino que he oído hablar mucho de ti. Me temo que a la que no conozco es a tu compañera —añadió mirando curioso a Zor-eel.

—Soy Zor-eel —dijo la sacerdotisa desde detrás de Sara, asomando solo la cabeza.

—Es amiga mía.

—Encantado, Zor-eel. Sara, ¿te encuentras bien? ¿Os ha hecho algún daño Trece? —dijo Cinco al ver el cilindro en el suelo.

—La ha pinchado con eso.

—Vaya, ¿qué es lo que os ha dicho? —dijo él aproximándose a la pieza del suelo. Se agachó, la recogió y la examinó.

—No ha dicho gran cosa —dijo Zor-eel—. ¿Qué es eso?

—Me temo que no lo sé, pero no os preocupéis, le diré a Ocho que lo estudie de inmediato. Creo que es lo más urgente. ¿Y qué decís que os ha dicho Trece?

—Nada —dijo Sara mirando de reojo a Zor-eel—. Tan solo nos ha traído aquí diciendo que no teníamos tiempo y ha atacado a mi amiga.

—Me siento responsable. Esto no debería haber pasado —se disculpó de nuevo el hombre—. Seguidme, por favor. La examinaremos para ver si está bien.

A pesar del enfado, Sara cogió de la mano a Zor-eel y siguieron a Cinco. El hombre las condujo a través de una de las puertas del pasillo hasta otro corredor con más puertas y por una de ellas hasta una sala que, por la apariencia, a Sara le hizo pensar en un laboratorio: había una camilla y, al lado de esta, un brazo articulado que se levantaba desde el suelo; varias mesas con pantallas y unos gruesos tubos de plástico, vacíos, que llegaban hasta el techo.

Cinco le habló a su muñeca.

—Ocho, te necesito de inmediato en la sala de investigación. —Se volvió hacia la sacerdotisa—. Zor-eel, ¿qué tal te encuentras?

—Estoy bien.

Sara la notaba aturdida, pero creía que era más por la sorpresa que a causa de lo que fuera que le habían inyectado.

—Me alegro, nos aseguraremos de todas maneras —dijo Cinco.

El joven no tardó en aparecer a la carrera. Se acercó directo a su compañero sin ni siquiera jadear un poco.

—¿Qué ocurre?

—Trece le ha inyectado algo a Zor-eel, la amiga de Sara. Tenemos que saber qué era y asegurarnos de que esté bien.

—Sí, señor.

—Te he dicho muchas veces que no me llames así —le dijo Cinco con una sonrisa y apoyándole la mano en el hombro—. Examina a Zor-eel. No queremos que le ocurra nada.

El joven asintió, se aproximó hasta una de las mesas y encendió las pantallas. Manipuló el brazo articulado y se volvió hacia la sacerdotisa.

—Túmbate aquí, por favor. No te preocupes, no duele —dijo al ver su mirada de pánico.

Zor-eel se volvió tensa hacia Sara y la miró implorante. Sara le echó un vistazo desconfiado a Ocho.

—¿Qué es eso?

—Es solo un escáner. Nos ayudará a detectar qué le ha inyectado Trece y nos dirá si se encuentra bien.

Sara torció el gesto, pero se giró hacia su amiga y asintió. Zor-eel se acercó a la cama y se quedó de pie, no del todo convencida.

—Túmbate aquí, por favor —le repitió Ocho con amabilidad—. Solo quédate muy quieta. Verás una luz que te recorre el cuerpo. No deberías sentir nada.

Zor-eel se tendió despacio, sin apartar la mirada de Sara. Ocho manipuló el aparato y el brazo articulado proyectó una luz que la recorrió de la cabeza a los pies. La sacerdotisa se relajó cuando se apagó.

—Parece que está bien, señor —dijo Ocho mirando una pantalla—. No veo nada raro en su organismo.

—Examina el inyector —le pidió Cinco tras pasarle el cilindro.

—¿Entonces estoy bien? —preguntó confundida Zor-eel.

—Eso parece —le respondió Cinco con una sonrisa—. Te mantendremos monitorizada por si acaso.

—Todo eso está muy bien —interrumpió Sara—, pero todavía no nos has dicho quiénes sois y por qué me conocéis.

—Tienes toda la razón —afirmó el hombre acariciándose la barba—. Vayamos a la sala de ocio, allí estaremos más cómodos y os contaré todo. —Los invitó a que salieran—. Ocho, envíame un informe cuando hayas acabado aquí y sigue con lo que estabas, por favor.

—Por supuesto —dijo el joven sin levantar la mirada de su trabajo.

En el pasillo se encontraron con la mujer negra, sola. Se acercó hasta ellos resuelta, mirándolos a todos.

—Treinta, ¿está bien Trece? —preguntó Cinco.

—Sí, está descansando.

—Ayuda a Ocho, por favor.

La mujer asintió y se alejó por el corredor. Cinco las condujo hasta otra sala con varios sofás, una enorme mesa elíptica rodeada de sillas y otros muebles de apariencia más extraña e inidentificable propósito.

—Sentaos, por favor —les pidió el hombre para después rodear la mesa y acomodarse frente a ellas—. No sé muy bien por dónde empezar.

Sara miró a Zor-eel, que le devolvió una mirada confusa y luego se centró en el hombre que tenían enfrente. Este reflexionó unos instantes antes de hablar.

—Supongo que lo mejor será comenzar por quiénes somos y dónde estáis —dijo observándolas curioso. Ambas asintieron. La mirada de Sara era dura, la de Zor-eel más intrigada que otra cosa—. Mis compañeros y yo somos los únicos habitantes de este planeta, que como os he dicho llamamos Tempus. Por ahora supongo que tú, Sara, has venido enviada por alguien y nosotros llevamos mucho tiempo esperando tu llegada.

Sara lo miró confundida y abrió la boca para decir algo. Tenía tantas preguntas que no logró decidirse por ninguna. El hombre vio la reacción y asintió.

—Sé que lo que digo puede no tener mucho sentido. Se debe a que tengo demasiadas cosas que explicar. Te ruego que tengas paciencia —

solicitó con amabilidad. Sara cerró la boca y asintió—, aunque puedes interrumpirme y preguntar si así lo deseas.

—¿Por qué os llamáis con números entre vosotros? —preguntó Sara.

De las decenas de preguntas que la asaltaban, aquella era una de las menos importantes. Sin embargo, la intrigaba tanto que no pudo resistirse. El hombre la miró sorprendido.

—Somos solo cuarenta. Nunca hemos sentido la necesidad de ponernos nombres los unos a los otros, así que nos quedamos con los números que nuestros señores nos habían otorgado.

—¿Vuestros señores? —preguntó Zor-eel—. Acabas de decir que sois los únicos habitantes de este planeta. —La sacerdotisa lo observó con una mirada extraña, que nada tenía que ver con la desconfianza.

—Sí, no somos originarios de este planeta, creo —dijo él dudando—. No tenemos recuerdos de antes de aparecer aquí, pero es algo que todos sentimos —añadió como si no encontrara unas palabras mejores para definirlo—. Nuestros señores fueron los que nos trajeron aquí. Ya no están entre nosotros.

—¿Quiénes son esos señores? —preguntó Zor-eel. Sara identificó el fuerte matiz de esperanza en la voz.

—Nosotros los llamamos padres celestiales. No tengo muchos datos que compartir acerca de ellos, no estuvieron mucho tiempo entre nosotros antes de irse —afirmó el hombre encogiendo los hombros y con una mirada de tristeza.

—Háblame más acerca de ellos, por favor —solicitó Zor-eel con la mirada radiante. Sara casi puso los ojos en blanco, pero se mantuvo atenta a su interlocutor.

—Eran tres, dos hombres y una mujer.

—¿Cómo eran? —preguntó ansiosa Zor-eel.

—Como nosotros, salvo que mucho más perfectos, radiantes, poderosos.

—¿Divinos? —dijo Zor-eel. Sara reconoció el tono en la voz de su amiga.

—Bueno, no sabría qué decirte, supongo que sí —dijo dubitativo Cinco.

Zor-eel miró a Sara con la mirada cargada de dicha, la cogió de la mano y apretó con fuerza.

—Tranquila, Zor-eel. Vas a salir volando —bromeó Sara.

—¡Sara! —exclamó ella—. Seguro que son como la madre de Ninmah. Sara vio a Cinco observarlas sorprendido.

—Sigue contándonos, luego volveremos a eso —le dijo al anfitrión.

—Nuestros señores nos anunciaron que nos habían regalado uno de sus más preciados dones. Sin embargo, nunca llegaron a explicarnos cuál. Así mismo, nos dijeron que debíamos guardar un objeto para alguien que vendría a reclamarlo desde otro mundo —continuó Cinco mientras se mesaba la barba.

Sara no se giró, pero sintió la mirada de Zor-eel traspasándola. La presión en la mano se incrementó todavía más.

—Ese objeto no será una esfera de piedra, ¿verdad?

—No —negó confundido Cinco—. Es un cubo, de una aleación que no hemos logrado identificar. El material del que está hecho no es de este mundo.

—¿Qué más da la forma y de qué este hecho? —dijo Zor-eel. Sus palabras se atropellaron unas con otras—. Es la misma cosa, ¿no te das cuenta, Sara?

—Sí, eso parece —dijo ella cargándose de paciencia—. Dejemos que Cinco nos siga contando.

Continuó mirando a Cinco mientras veía por el rabillo del ojo cómo Zor-eel se meneaba nerviosa en la silla.

—Al final descubrimos a qué se referían nuestros señores con el don que nos habían regalado, pero fue después de que se fueran. Los efectos se hicieron evidentes antes, aunque no fue hasta que pudimos estudiarnos que llegamos a la conclusión de que somos, por así decirlo, anomalías temporales.

—¿A qué te refieres? —preguntó extrañada Sara.

—Estamos congelados en el tiempo, es decir, no envejecemos, no nos cansamos, no tenemos necesidades corporales y no podemos morir. Es como si nuestros cuerpos estuvieran fijados en un momento

determinado del tiempo y ocurra lo que ocurra, volvemos a ese estado de inmediato. Bueno, casi —dijo él como queriendo añadir más.

—Pero, si no envejecéis ni morís, ¿por qué estabais en animación suspendida? —preguntó intrigada Sara.

—Verás —dijo Cinco con un gesto entre divertido y abatido—, llega un momento en que te aburres. A pesar de que nuestros cuerpos son capaces de dormir, es muy complicado hacerlo sin estar cansado. Por eso tuvimos que idear la manera de obligarnos —explicó con un ligero matiz de tristeza en los ojos.

Sara se soltó del agarre de Zor-eel y se llevó las manos a la cabeza. Estaba abrumada por todo lo que estaba oyendo. Miró a su amiga, que seguía observando a Cinco con aquel brillo especial en los ojos y le sonreía de manera afable. Pensó en cuánta parte de lo que les habían relatado hasta el momento habría absorbido. Probablemente se había quedado en la parte de los padres celestiales y estuviera dándole vueltas a todo aquello sin prestar atención a lo demás. Cinco pareció darse cuenta de su expresión.

—Perdona si te estoy agobiando, Sara. Te dije que tenía muchas cosas que contarte y todavía no he hecho más que empezar. Quizá queráis descansar un poco antes de seguir con la charla.

—No, por favor. Me gustaría que siguieras con tu relato —dijo enseguida Zor-eel.

Tenía las mejillas sonrojadas y los ojos le brillaban cada vez más. «Va a tener un orgasmo espiritual», pensó Sara tratando de suavizar la inquietud que la invadía. Después la examinó mejor y vio que la menuda mujer estaba sudando.

—¿Zor-eel, te encuentras bien?

—Sí, ¿por qué?

—Estás sudando. —Sara le puso la mano a la frente; estaba ardiendo—. ¡Madre mía! Tienes fiebre.

Cinco se levantó preocupado de la silla un segundo más tarde que Sara. Esta cogió de las manos a Zor-eel e hizo que se pusiera de pie.

—¿Estás segura de que te encuentras bien?

—Sí, yo no me noto nada extraño.

—Volvamos a la sala de investigación —dijo Cinco.

Sara se volvió y vio su mirada preocupada. No quiso que la afectase y asintió. Los tres recorrieron los corredores mientras Cinco llamaba a Ocho y a Treinta por el intercomunicador de la muñeca. Sara notaba el calor en la mano de Zor-eel, aunque, tras mirarla repetidas veces, no vio nada raro en ella. Los dos compañeros de Cinco aparecieron poco después que ellos en la sala.

—¿Qué ocurre, jefe? —preguntó Ocho.

—Zor-eel tiene fiebre. ¿No te ha avisado el sistema de monitorización?

—Me temo que tenemos un problema con la energía. La notificación no se habrá enviado o se habrá quedado atascada —explicó Ocho—. Zor-eel, ¿cómo te encuentras?

—La verdad es que ahora estoy un poco mareada —dijo la sacerdotisa sin darle mucha importancia—, pero aparte de eso, bien.

—Será mejor que te tumbes —dijo Ocho señalando la camilla.

—No es necesario, estoy bien.

Las piernas de Zor-eel temblaron y no cayó al suelo solo porque Sara la sostuvo.

—Zor-eel, tumbate, por favor —le rogó Sara.

Ella la miró, asintió y se dejó llevar hasta la camilla.

Sara se quedó junto a su amiga mientras Cinco, al su lado, la miraba inquieto. Treinta, al lado del hombre, no mudó el gesto. Ocho manipuló el brazo articulado hasta que Zor-eel volvió a hablar.

—Sara —dijo con voz atemorizada—, ahora sí que no me encuentro bien.

Sara la miró preocupada. La mano que sostenía estaba tan caliente que parecía irreal. De repente, Zor-eel cerró los ojos y empezó a convulsionar. Sara se volvió hacia los demás. Ninguno se movió, estaban paralizados viendo cómo Zor-eel temblaba.

—¡Ayudadla! —gritó Sara con angustia.

Cinco parpadeó confuso y miró a Ocho. Treinta se quedó quieta mirando a Zor-eel con los ojos muy abiertos. Ocho miró a Sara entre asustado, agobiado y entristecido.

—No sé qué le ocurre —dijo apesadumbrado al mirar las pantallas—. Es como si sus células se hubieran vuelto locas y estuvieran quemando toda su energía.

—¿Eso que significa?! —gritó Sara.

—Que se muere —dijo Ocho volviéndose hacia ella—. Y no sé por qué.

Capítulo 3

—¡Joder! —gritó Sara con desesperación—. Algo habrá que podáis hacer.

—Sara, perdónanos. Nosotros no enfermamos. No tenemos muchos conocimientos de medicina —dijo pesaroso Cinco.

—Pero tenéis toda esta tecnología. Servirá para algo —dijo enfadada Sara.

El hombre bajó la cabeza. Treinta frunció el ceño, molesta. Ocho dio un respingo.

—Quizá... —dudó Ocho.

—¿Qué? —preguntó ansiosa Sara.

—Estaba pensando que alguien con conocimientos de biología podría saber mejor que nosotros lo que le ocurre a tu amiga —dijo el joven con voz queda.

—¿Quién? ¿A qué estáis esperando?

—Solo Uno y Trece podrían saberlo —dijo el muchacho sin mucho ánimo.

—Trece —masculló Sara—. Fue la que le inyectó esa cosa. Ella sabrá cómo solucionarlo.

—No podemos confiar en Trece —dijo Cinco con la voz cargada de resentimiento.

—¿Por qué? —preguntó Sara. Le parecía increíble que estuvieran tan tranquilos mientras la vida de Zor-eel estaba en juego.

—Sara, Trece está loca —reveló Cinco. Se acercó a ella, sin llegar a tocarla.

—Pues entonces despertemos a Uno —gritó Sara. La impotencia la había colocado al borde del llanto.

—¡Mirad! —exclamó asombrado Ocho—. Se está estabilizando.

Sara se volvió hacia el joven, que se había desplazado hasta una de las pantallas y se la mostraba con una sonrisa tensa. El cuerpo de Zor-eel

había dejado de temblar, aunque no había recuperado el sentido.

—No entiendo nada de eso —dijo Sara tras examinar el monitor—. Yo solo veo a mi amiga postrada en una cama, inconsciente.

—¿Por qué no te calmas? —le ordenó Treinta—. Ocho ha dicho que está mejor.

Sara apretó los puños y se encaró con ella. Treinta era un par de centímetros más alta y más corpulenta, pero a Sara no le importó. La mujer le devolvió desafiante la mirada.

—No me digas que me calme y menos en ese tono, ¿entendido? —dijo Sara.

—¿O qué? —le replicó Treinta, en absoluto amedrentada.

—No perdamos el control. —Cinco cogió a Treinta del brazo e intentó calmarla—. Ocho, ¿cómo está Zor-eel? —preguntó para rebajar la tensión.

—Parece que está bien.

—¿Parece? —Sara se volvió hacia él, cada vez más nerviosa—. Hace un minuto me has dicho que se estaba muriendo y ahora me dices que está bien. Mira, tío —dijo encarándose con Cinco—, vamos a despertar a Trece y a preguntarle qué le ha hecho a mi amiga, de una manera u otra, hasta que nos conteste —añadió dándole golpecitos con el dedo en el pecho.

Treinta tensó la mandíbula y apretó los labios, aunque no se movió.

—Zor-eel está bien ahora —dijo conciliador Cinco.

—¡Me importa una mierda! —gritó Sara.

Treinta se desasió del agarre de su compañero y se abalanzó sobre ella mientras sacaba un cilindro blanco de uno de los bolsillos del mono. Sara bloqueó el ataque y dio un paso hacia atrás. La mujer la miró sorprendida y volvió a la carga.

—¡Por favor! No es esto para lo que estamos aquí —dijo suplicante Cinco.

Ninguna de ellas le hizo caso. Sara vio a Treinta atacarla de nuevo y la bloqueó. De improvisto, Cinco apareció detrás de ella y le clavó algo en el cuello.

—Lo siento, Sara —le oyó decir justo antes de perder el sentido.

El Único contempló a sus criaturas. Muchas habían cambiado durante su letargo, pero comprobó satisfecho que aquellas que había preparado para su grandioso plan habían evolucionado de manera satisfactoria. Ordenó a parte de ellas que fueran al refugio y lo repitió irritado cuando algunas parecieron no entenderlo. Tendría que hacer ajustes en las sinapsis neuronales de la próxima tanda.

Ordenó al resto que convocasen a las demás. Planeaba realizar el ataque tan pronto como fuera posible.

Zor-eel recuperó el sentido poco a poco. Al abrir los ojos, vio a Ocho contemplando una de las pantallas.

—¿Sara? —llamó con voz queda.

—Zor-eel —dijo el joven acercándose con una mirada jovial—. ¿Qué tal te encuentras? ¿Qué sientes?

—Me siento un poco débil. Aparte de eso, creo que estoy bien —dijo dubitativa la sacerdotisa.

—Es normal, tu cuerpo ha quemado mucha energía. Mira, te he preparado esto. Debería ayudar a que te recuperes más rápido. —El muchacho le ofreció un vaso.

—¿Agua? —preguntó Zor-eel tras oler el contenido.

—No, bueno sí. Bueno, no solo agua —dijo él de manera atropellada—. He disuelto en él varias sales que ayudarán a tu cuerpo —explicó orgulloso.

—¿Dónde está Sara?

—Ahora mismo descansa. Se alteró mucho tras lo que te ocurrió.

El joven apartó la mirada.

—¿Qué me ha pasado? —preguntó asustada Zor-eel.

—La verdad es que todavía no lo sabemos. Tus células se pusieron a trabajar como locas durante un corto periodo de tiempo. Luego volvieron a la normalidad. En apariencia no has experimentado ningún

cambio, aunque has consumido mucha energía —añadió viendo la mirada perpleja de Zor-eel.

—¿Cómo es que te entiendo?

—¿Lo haces? —preguntó vacilante el muchacho.

—Sí, es decir, entiendo tus palabras, no tanto su sentido. Me refería a por qué te entiendo si no tengo esa cosa en la oreja.

—Interesante —murmuró Ocho para sí mismo mientras le daba la espalda y se volvía hacia uno de los monitores. Pasó los dedos sobre él a una velocidad vertiginosa.

—¿Lo es? —dijo confundida Zor-eel.

—En efecto. ¿Es posible que sintieras un pinchazo cuando llevabas el traductor puesto? Una ligera punzada dentro de la oreja.

—Sí, se me hizo muy incómodo, pero me pudo más la curiosidad sobre lo que decía la imagen de tu compañero.

—¡Entonces funciona! —dijo Ocho volviéndose emocionado—. Verás, ese dispositivo es un prototipo, a medio camino entre el original y los nuestros.

El joven se acercó y cogió la mano de Zor-eel. Le hizo pasar los dedos entre la oreja y la sien hasta que la mujer notó el pequeño bulto.

—¿Ves? Nosotros lo tenemos bajo la piel. Nos implantamos unas versiones más avanzadas. Conectan directamente con nuestro cerebro y la inteligencia artificial hace que aprendamos el idioma que estamos oyendo, no solo que lo entendamos. —El muchacho estaba tan enfrascado en la explicación que no se percató de la creciente mirada de confusión de su acompañante—. Eso nos permite hablarlo además de entenderlo —concluyó triunfal.

—No sé si te he entendido del todo.

—Bueno, no te preocupes, el caso es que parece haber funcionado bien. ¿A Sara le pasa lo mismo?

—No lo sé, la verdad.

—Se lo preguntaré cuando despierte —dijo ilusionado Ocho.

—¿Dónde está, por cierto?

—En una de las habitaciones. ¿Quieres que te lleve con ella? —se ofreció solícito el muchacho.

—Sí, por favor.

Ocho ayudó a Zor-eel a levantarse y se encaminaron hacia el pasillo. Por el camino, el joven le hizo preguntas sobre su procedencia y la de Sara. Sospechaba que no venían del mismo planeta. Zor-eel se lo confirmó y se perdió en la posterior explicación del muchacho, que le habló de cosas que no entendía. Al final creyó comprender que, a pesar de que parecían ser iguales en su interior, había diferencias muy sutiles que demostraban que no venían del mismo lugar, al igual que sucedía con los habitantes de Tempus. Cuando llegaron ante Sara, Zor-eel dejó de prestarle atención y se volcó en su amiga. La cogió con cariño de la mano y la apretó con dulzura. Sara parpadeó y abrió los ojos.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó con voz vacilante—. Zor-eel, ¿estás bien? —dijo al enfocar la vista y reconocerla.

—Sí, ¿tú que tal te encuentras?

La puerta se abrió y entró Cinco. Sonrió al verlas y se acercó hacia ellas con paso decidido.

—Sara, me alegro de que estés despierta. Lo siento mucho, tuve que administrarte un sedante —se disculpó arrepentido.

—No me gusta la facilidad con la que los repartís —replicó Sara con rudeza al recordar el pinchazo y cómo Treinta le había hecho algo similar a Trece—. ¿Qué me habéis hecho?

—Solo te hemos traído aquí para que descansases —afirmó Cinco bajando avergonzado la mirada.

—Que sea la última vez que lo hacéis. Sigo queriendo hablar con Trece, que lo sepa. Aunque Zor-eel se encuentre bien, quiero saber qué es lo que le inyectó. Está claro que en su caso no fue un sedante.

—Debo hablar con vosotras antes —dijo enigmático Cinco—. Ocho, si has comprobado que Zor-eel está bien, deberías volver a revisar el sistema de energía. Esta luz es molesta y me preocupa la integridad del refugio.

—Deja que se quede —dijo Sara con una dureza que hizo que las palabras fueran casi una orden—. Quiero también su opinión sobre lo que vayas a contarme.

Sara no acababa de fiarse de Cinco y menos de Treinta. La actitud del hombre era demasiado cordial y contrastaba con la hosquedad con la que la mujer la había tratado. Tampoco le gustaba que él se hubiera decantado tan deprisa por reducirla, ni lo había visto acercarse. A pesar de que era obvio que ella era la extraña y que Treinta era su compañera, la manera en que había actuado no coincidía con la amabilidad que había demostrado hasta entonces. De todos ellos era Ocho el que más confianza le inspiraba. No era que se fiase de él, pero le parecía el más sincero.

—Como quieras. Seré breve, te resumiré las partes más importantes. No podemos retrasar mucho la revisión del sistema de energía —dijo preocupado Cinco—. Tengo mis reparos en que hables con Trece, la verdad.

—Has dicho que estaba loca. ¿Por qué?

Sara entrecerró los ojos en espera de la respuesta de su interlocutor.

—Supongo que antes de explicártelo debo relatarte un poco de nuestra historia, para que lo entiendas todo. Hasta el momento te he contado que aparecimos en este planeta sin recuerdos previos. Pronto descubrimos que no éramos sus primeros habitantes. Una civilización, ya extinta, lo había poblado mucho antes que nosotros.

—¿Cómo lo supisteis? —preguntó Zor-eel.

—Descubrimos restos de una cultura muy avanzada, pero a ningún representante de esta —reveló Cinco—. Algunos de nosotros poseen un saber previo sobre diversas áreas de conocimiento, que, junto a los registros de la civilización de la que os hablo, nos permitieron hacer nuestra vida un poco más acogedora. Si habéis podido ver el planeta antes de llegar al refugio, sabréis de lo que os hablo.

—Sí, tuvimos un breve encuentro con una tormenta antes de llegar aquí —dijo Sara.

—Y eso no es todo. Este planeta no está demasiado preparado para albergar vida. Parece que solo la composición de la atmósfera la permite.

—Es debido a que nada enfría los volcanes. Hace que los gases que expulsan no consuman el oxígeno —explicó Ocho—. En su día debió de haber grandes cantidades de agua, pero ya no. La tormenta a la que te has referido es volcánica —dijo mirando a Sara—, muy habituales aquí. Son en esencia eléctricas y producen fenómenos ventosos muy peligrosos.

—Gracias, Ocho, te agradezco la explicación. Si te soy sincera, estoy más interesada en que Cinco llegue al final de su historia —dijo Sara intentando no parecer maleducada.

El muchacho sonrió sin mostrarse ofendido.

—Como os decía, pudimos aprovechar esos conocimientos más los nuestros para avanzar mucho tecnológicamente. Teníamos todo el tiempo del mundo —prosiguió Cinco.

—¿Fuisteis vosotros los que creasteis este refugio o fue la anterior civilización? —preguntó Zor-eel.

—En realidad todo el mérito es de Ocho, él es nuestro ingeniero —dijo Cinco apoyando la mano en el hombro del joven. Este sonrió orgulloso y bajó la mirada—. Con el paso del tiempo llegaron los problemas. Algunos empezaron a impacientarse dado que no llegabas —dijo mirando a Sara—, así que empezamos a desarrollar nuestra propia tecnología espacial.

—Espera un momento —dijo asombrada Sara—. ¿Cuánto tiempo lleváis en este planeta?

—No conocemos vuestro método para medir el tiempo —dijo Ocho.

Sara se lo explicó para la Tierra. Zor-eel lo amplió con datos sobre cómo lo hacían en Dilmun. Ocho escuchó muy atento y les hizo varias preguntas.

—En ese caso llevamos aquí varios miles de años —dijo el joven cuando hubieron concluido.

Sara y Zor-eel se quedaron atónitas. No podían concebir que las personas que tenían enfrente hubieran existido durante tanto tiempo. Comprendieron mejor cuando Cinco les había hablado de su aburrimiento.

—Nuestros primeros pasos para abandonar nuestro planeta no tuvieron los resultados esperados —continuó Cinco—. Las sondas no tripuladas que lanzamos nunca regresaron, aunque enviaron unos datos muy reveladores.

—¿A qué te refieres? —preguntó Sara.

—El tiempo se distorsiona cuanto más te alejas del planeta. Parece ralentizarse sin límite a medida que avanzas. La última vez que lo comprobamos, la sonda había tardado más de diez mil millones de

veces en avanzar la misma distancia que hay que recorrer para llegar al espacio.

—Eso son casi mil años —explicó Ocho al ver las miradas de incompreensión en las mujeres.

—Pero sois inmortales, solo tardaríais más —dijo Sara.

—Creo que no lo has entendido, Sara —expuso Ocho—. ¿Cómo medís las distancias en vuestro planeta?

Sara se lo explicó y después lo hizo Zor-eel. El muchacho les prestó toda su atención.

—Serían mil años en avanzar cien kilómetros —explicó al momento—. Algo más de veinte leguas —añadió para Zor-eel—. Y eso manteniendo una constante. Si, como sospechamos, el índice de ralentización se incrementa con la distancia, cada vez se emplearía más tiempo en avanzar menos.

—En efecto —interrumpió Cinco antes de que el muchacho se enfriara más en la explicación—. La consecuencia directa es que comprendimos que estábamos atrapados aquí hasta que tú llegases, Sara.

—Ya, lo siento. Yo no elegí el momento de venir —dijo ella—. De hecho, tengo poco más de treinta años. Me parece muy cruel por parte de vuestros señores el haberos dejado aquí hasta que llegase, miles de años antes de que yo naciera.

—Estoy segura de que todo tenía un propósito —dijo Zor-eel.

—Quizá —comentó Cinco con un tono extraño, como si lo dudase—. Fue entonces cuando comenzamos a investigar acerca de la animación suspendida, como podréis entender.

—Sí, puedo entenderlo muy bien —murmuró Sara.

No podía ni siquiera concebir cómo sería estar en un planeta con solo cuarenta personas, con todo el tiempo del mundo y nada que hacer.

—No nos costó mucho desarrollar la tecnología, pero entonces apareció otra complicación —dijo misterioso Cinco—: no todos estuvieron de acuerdo en descansar hasta que llegases. Los resultados de las primeras pruebas no hicieron más que acrecentar el problema.

Se levantó y comenzó a pasear, en apariencia afectado por los hechos que todavía no había contado.

—Algunos experimentaron ciertos cambios después de despertar de la primera hibernación —relató Ocho después de comprobar que Cinco no continuaba.

El muchacho mantuvo la vista en el suelo. Cinco se detuvo y se quedó de espaldas a ellos.

—¿Diferentes cómo? —preguntó Sara.

Quería animarlos a continuar, aun cuando notaba que era un tema delicado para ellos.

—Muchos desarrollaron capacidades especiales tras despertar —dijo Ocho al cabo de un momento, después de lanzar una rápida mirada a su compañero.

—Por desgracia aquellas capacidades conllevaban un alto precio —dijo Cinco sin volverse—. Muchos se volcaron en sumirse en el sueño y volver a despertar, una y otra vez. Incluso calcularon el tiempo necesario para volver con las nuevas habilidades fortalecidas o con unas nuevas. Si he de ser sincero, —La voz sonó triste y distante—, todos lo hicimos al principio, hasta que descubrimos lo que suponía. —Volvió a guardar silencio, sumido en los recuerdos.

Todos se sobresaltaron cuando un sonido agudo comenzó a oírse a intervalos regulares y cortos. Cinco se volvió y miró preocupado a Ocho. El muchacho estaba demasiado sorprendido para reaccionar.

—Cero, ¿qué está ocurriendo? —dijo el hombre con voz tensa.

—Fallo en los sistemas —anunció la voz de la computadora.

Sara miró a Ocho de manera interrogativa y formó el nombre de Cero con los labios, sin llegar a emitir ningún sonido. El joven se limitó a encoger los hombros.

—Especifica —ordenó Cinco.

—Algunos sistemas exteriores han fallado. El fallo se propaga hacia el núcleo.

—¿Tiempo estimado de colapso? Traduce las medidas en base a las explicaciones ofrecidas por Sara.

—Traduciendo: quince minutos.

Ocho salió corriendo de la sala seguido de cerca por Cinco. Antes de desaparecer en el pasillo, el hombre les hizo un gesto a Sara y a Zor-eel para que los acompañasen. Las dos los siguieron hasta la sala de la consola. Cuando llegaron, vieron que Treinta ya estaba allí. La mujer le lanzó una dura y rápida mirada a Sara para después volverse hacia Cinco.

—Cero, muéstralo en los monitores —ordenó el hombre.

Las pantallas se encendieron y dibujaron toda clase de formas y de símbolos. Cinco alternó la mirada entre las imágenes y Ocho.

—No es normal —dijo Ocho sin quitarle ojo a los monitores—. La propagación no se corresponde con nada que pueda estar causando el fallo.

—Cero, purga los sistemas —dijo Cinco con voz temblorosa.

—Pero... —Ocho dudó y guardó silencio.

—Confirmación de orden requerida —dijo la impersonal voz de Cero—. La purga de los sistemas puede ocasionar fallos irreversibles.

—Purga los sistemas. ¡Ya! —gritó el hombre.

Todas las luces se apagaron. Sara notó la mano de Zor-eel agarrándola con fuerza. Se esforzó por escuchar algo, pero lo único que oyó fue su propia respiración y la de su amiga.

—¿Cinco? ¿Ocho? —llamó con voz trémula.

No obtuvo respuesta.

—Sara, ¿qué está pasando? —preguntó asustada Zor-eel.

—No lo sé —respondió Sara—. Cinco, Ocho, Treinta —volvió a llamar. La única respuesta fue el silencio—. Maldita sea, si es una broma no tiene gracia. Computadora. ¡Cero! —gritó cada vez más asustada.

Un leve chirrido, que parecía provenir de muy lejos, se impuso al silencio. Era casi imperceptible pero constante.

—¿Qué es eso? —susurró Zor-eel. Se había abrazado a ella tan pronto como el sonido había comenzado.

—No lo sé.

Ambas saltaron al oír un sonido brusco de algo pesado y metálico que caía. Había llegado de alguna de las salas cercanas. Sara esta-

ba aterrorizada, aunque comenzó a sentir una cálida sensación en la boca del estómago. Se separó de Zor-eel pero continuó sosteniéndole la mano. Muy despacio, sin hacer ruido, se encaminó hacia donde creía que estaba la puerta por la que habían venido. Zor-eel la siguió.

Capítulo 4

El Único salió con paso airado y el rostro desfigurado por la ira. A lo lejos, una tormenta comenzaba a formarse y sus primeros destellos se dejaban ver en el cielo. Bajo aquella tenue luz, casi inexistente, observó los cuerpos entremezclados de las muchas criaturas frente a él, a varios metros de distancia; todavía más se apelotonaban en las rocas por encima de su propia figura. Ninguna emitía sonido alguno, solamente se encogían ante la cólera de su señor.

—Ha sido un resultado decepcionante —dijo el hombre con desprecio, casi escupiendo las palabras.

Con una deliberada lentitud, levantó el brazo hasta la altura del pecho y activó los controles del brazalete. Una proyección holográfica surgió de este y desplegó el panel de control. La amalgama de cuerpos se revolvió inquieta y se apretó contra el suelo.

El señor pulsó los controles virtuales y la mayoría de las criaturas que tenía delante combustionaron desde dentro. Se fundieron y se convirtieron en un amasijo deforme y viscoso. La sustancia se esparció por el suelo durante unos segundos para después consumirse y desaparecer. Las pocas supervivientes profirieron chillidos agudos y se apelotonaron entre ellas, confundidas.

El Único miró desconcertado a estas últimas y se quedó paralizado un segundo. La ira regresó a su rostro. Lanzó una mirada de desdén hacia ellas y se volvió para observar a las demás, que se agitaban inquietas en lo alto. Algunas escondieron las cabezas en las rocas. Las más mantuvieron la posición.

Él se adentró de nuevo en la negrura. No llegó a oír el alarido de las criaturas en lo alto, haciéndose eco del de sus compañeras. El sonido fue creciendo hasta tornarse ensordecedor, coreado por miles de voces.

Sara y Zor-eel avanzaron a tientas por el corredor. Habían estado muy atentas a cualquier sonido, pero no habían detectado nada más desde el fuerte golpe que habían oído desde la sala de la consola. Sara notaba el corazón latiendo a toda velocidad y, a pesar del miedo, siguió adelante.

El tiempo pareció ralentizarse en aquella oscuridad, mientras Sara intentaba localizar la puerta que estaba buscando. Se introdujo por la primera que no estaba cerrada. «Tiene que ser esta», pensó.

Muy despacio, se acercó a donde creía recordar que estaba la cama. Se agachó y palpó el suelo hasta que dio con la mochila. Tiró de la mano de Zor-eel hasta que ambas quedaron a la misma altura.

—Zor-eel —se arriesgó a decir con un susurro—. Necesito soltarte, quédate a mi lado.

La sacerdotisa no dijo nada, le soltó la mano y se pegó a ella. Sara abrió la cremallera y buscó el móvil. Sabía que la última vez que lo había usado, en Dilmun, estaba sin batería, pero ¿no llevaba las mismas ropas que cuando había salido de casa? Habían aparecido como por arte de magia cuando llegaron al cruce, así que si estaban intactas y tal y como se las había puesto aquel domingo hacía toda una vida, cabía esperar que el móvil estuviera igual. O eso era lo que deseaba con todas sus fuerzas.

Su animó cayó en picado cuando no notó ni la chaqueta ni las botellas de agua al revolver en la bolsa. Recordó que no estaban allí cuando le había mostrado los auriculares a Zor-eel. Se sintió aliviada al palpar la dura superficie del teléfono. Para entonces, ya había renunciado a encontrarle una explicación a la ausencia de cosas en la mochila y se agarraba con fuerza al aparato.

—No te asustes —dijo con un susurro—. Voy a encender una luz.

Apoyó la yema del dedo en el lector de huellas y su ánimo se iluminó a la vez que la pantalla se encendía. No se atrevió a levantar la vista hasta que activó la linterna y pasó la luz con rapidez por los alrededores en cuanto lo hizo.

Suspiró aliviada y le echó un vistazo a Zor-eel, que le devolvió una mirada aterrada. Sara, casi llorando, la abrazó con fuerza.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó la sacerdotisa en un susurro y con voz trémula.

—Tenemos que volver a la sala de la consola, ver qué ha pasado con Cinco y los demás.

—¿Cuánto va a durar la luz?

—Un buen rato, no te preocupes —respondió Sara tras comprobar que el aparato todavía tenía más de tres cuartos de batería.

Se separó de su amiga, se levantó y volvió a coger la mano de Zor-eel. Salieron al pasillo y avanzaron despacio, iluminadas por la linterna. Sara no sabía qué era peor, si el momento en que habían avanzado a oscuras o aquel; cada vez que le parecía escuchar un ruido, volvía el foco hacia allí en busca de su origen y asustaba a Zor-eel.

Llegaron con la respiración entrecortada a la sala y Sara recorrió el suelo con el haz de luz hasta que halló el primer cuerpo. Se quedó paralizada cuando reconoció a Ocho tendido boca abajo. Sintió a Zor-eel apretarle con más fuerza la mano. Movi6 el foco y descubrió los cuerpos de Cinco y Treinta un poco más allá.

Iluminó con rapidez el resto de la sala y comprobó que estaban solas con sus compañeros caídos. No del todo convencida sobre lo que estaba haciendo, comenzó a caminar en dirección a Ocho, seguida de cerca por Zor-eel. Cuando llegaron hasta el joven, se agacharon para examinarlo.

—Reiniciando.

Las dos gritaron cuando oyeron la voz de la computadora y se cayeron de culo. Casi se echaron a llorar, aliviadas, cuando las luces se encendieron de nuevo. Revisaron la sala con una mirada fugaz y respiraron tranquilas al ver que no había nadie más. Ocho se movió y empezó a incorporarse despacio, como si estuviera aturdido.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Sara mientras se levantaba.

Vio cómo Zor-eel también lo hacía y ambas ayudaron a Ocho. Cinco y Treinta estaban haciendo lo propio por su cuenta.

—Estamos conectados a nuestros sistemas —explicó Ocho—. Una purga implica más que una desconexión total, lo que hace que nosotros también suframos. Es debido a que...

—Nosotros también experimentamos una pequeña desconexión —interrumpió Cinco resumiendo lo que Ocho iba a explicar con todo lujo de detalles.

—Por un momento pensé que estabais muertos —dijo Sara.

—Recuerda que no podemos morir —dijo Cinco con una leve sonrisa—. Algo así solo nos incapacita por un corto tiempo. Ahora, si nos disculpáis, tenemos que ocuparnos de inmediato de este problema. —La voz del hombre sonaba tensa.

—¿Podemos hacer algo por ayudar? —preguntó dubitativa Sara.

—No lo creo, no os preocupéis. Podéis aprovechar para descansar un poco.

Sara deseaba con todas sus fuerzas seguir la conversación que el incidente había interrumpido, pero entendía la situación. Además, se notaba que el hombre quería concentrarse en arreglar el problema y su presencia no hacía más que entorpecerlo. Asintió a regañadientes y se retiró con Zor-eel de nuevo a la habitación.

El Único se sentó en su refugio secreto y observó las pantallas. Se rascó la nuca con furia, enrojeciéndose la piel, y observó a Sara y a Zor-eel hablando en su habitación. Cambió a otra cámara para ver cómo Cinco y Treinta, guiados por Ocho, se afanaban en las reparaciones. Pronto recuperarían la energía, pero descubrirían que había más cosas de qué ocuparse.

Cambió la interfaz para que un holograma le mostrara el exterior y observó a las criaturas. La mayoría se habían dispersado y las pocas que quedaban alrededor estaban peleándose entre ellas. Pasó a revisar el registro de datos e hizo un rápido recuento: los números no encajaban, los sensores de superficie cercanos mostraban unas lecturas muy similares a las de sus estimaciones de crecimiento.

—Cero, revisa mis valores de desarrollo de la colonia en base al tiempo que he estado dormido. Ajusta mis cifras.

—Evaluación completa —dijo la computadora al cabo de unos segundos.

El hombre revisó los datos, contrariado por los resultados. Se levantó de inmediato y caminó hasta el armario. Se puso sin dudarlo la armadura ligera y se ajustó un arma corta en el muslo derecho.

—No sé cómo puedes estar tan tranquila —le dijo Zor-eel a Sara—. Yo no entiendo casi nada de lo que nos están contando. Todo me suena extraño e irreal.

—No lo sé —dijo Sara con un encogimiento de hombros—. Supongo que tiene que ver con que me haya acostumbrado a estar en sitios extraños. Entiendo que la primera vez resulte raro. Me imagino lo que sientes. Debe ser algo parecido a lo que fue para mí la primera vez que vi las dos lunas en Dilmun o cuando me hablaste de Ninmah.

—Me siento una carga —dijo la sacerdotisa—. No te estoy aportando nada en ese sitio y no comprendo nada de lo que está ocurriendo. Además, mis dones no funcionan con esta gente. Me pasa igual que contigo, no puedo sentirlos.

—No digas eso —le dijo Sara cogiéndole la mano—. Si no estuvieses conmigo estaría sola. Tu compañía me da fuerzas.

—No sé. Echo mucho de menos a Ya-kobu —dijo Zor-eel casi llorando.

—Yo también.

Sara le dio un fuerte abrazo y sintió un nudo en la garganta que no la dejó continuar.

—No me hagas caso, creo que los sustos me han dejado un poco débil.

—Tú no te preocupes, descansa. Por raro que te parezca, me manejo mejor aquí de lo que lo hacía en Dilmun al principio.

—Pero ¿cómo es posible? Hasta ahora no hemos avanzado nada en llegar al objeto que estas gentes guardan y no sabemos casi nada de ellos, solo lo que nos cuentan de que son inmortales y más cosas extrañas que no logro siquiera imaginar.

Sara meditó durante un momento sobre las palabras de Zor-eel. Debía de estar totalmente desconcertada. Los conceptos de los que les estaban hablando quedaban muy lejos del entendimiento de alguien criado en Dilmun. Ya eran algo increíble para ella, que contaba con su trasfondo de aficionada a la ciencia ficción, así que no podía ni imaginar cómo serían para Zor-eel.

—Voy a ir a la sala de la consola para ver cómo van y si puedo sacarles más información —dijo en voz baja.

No quería separarse de su compañera, aunque creía que sola avanzaría más.

—De acuerdo, ve. Yo voy a ver si duermo un poco. Me duele la cabeza —dijo cabizbaja Zor-eel.

—¿Estarás bien? —le preguntó Sara con una mirada de preocupación.

—Sí, pierde cuidado. Hazme un favor, pregúntales si tienen algo de comer. Cuando despierte imagino que estaré hambrienta.

—Lo haré. Ahora descansa.

Sara salió de la habitación dejando a su amiga en el lecho. Al llegar a la sala central, se topó con un hombretón al que no conocía. Se quedó quieta, observándolo sin saber qué decir. El hombre, que incluso agachado era imponente, se levantó al percatarse de su presencia. Sara comprobó asombrada que le sacaba más de dos cabezas y su pecho era tan ancho que dudaba que pudiese abarcarlo con los brazos. Tenía el oscuro pelo revuelto y una tupida barba del mismo color, que contrastaba con su pálida piel.

—Hola —saludó afable—. Me alegro mucho de conocerte, Sara. Soy Cuatro.

Se acercó hacia ella y le tendió una mano con la que casi hubiera podido rodearle la cintura.

—Encantada —dijo Sara asombrada y sintiéndose muy pequeña—. ¿Cómo van las reparaciones?

—No sé —dijo él revolviéndose el pelo del cogote—. Yo no entiendo mucho de eso, solo ayudo a Ocho a llevar cosas de un sitio a otro.

—Ya veo. ¿Sabes dónde está?

Treinta entró en ese momento desde del corredor que daba al ascensor. Miró a Cuatro y endureció el gesto al ver a Sara.

—Todo está en orden fuera. La tormenta ya ha pasado —anunció sin dirigirse a nadie en concreto.

—Ahora que lo mencionas —dijo Sara—. ¿Tiene este sitio otra salida que no sea el ascensor? Lo digo porque no me gustaría encontrarme atrapada aquí si la energía se va otra vez.

—Claro que sí —dijo Treinta con un leve desprecio—. Hay salidas de emergencia que no dependen de la energía, no te preocupes por eso.

—Me alegra saberlo —dijo Sara sin dejarse afectar por el tono de la contestación.

Las luces cambiaron la tonalidad del rojo al blanco a la vez que una joven entraba en la sala. Tenía la piel morena y el pelo un poco más corto que Sara, pero no tanto como Treinta, que lo llevaba casi rapado. Era de la altura y complexión de Zor-eel y venía sonriendo.

—¡Arreglado! —exclamó triunfal mirando a sus compañeros mientras avanzaba para después posar los ojos en Sara y sonreír un poco más—. Hola, Sara. Encantada de conocerte al fin, soy Veintitrés.

—Igualmente —dijo Sara con una sonrisa, contagiada por el buen humor de la recién llegada—. Veo que habéis ido despertando a todos.

—No a todos —dijo con dureza Treinta—. Solo aquellos...

—Solo aquellos que no supongan un peligro —interrumpió Cinco, a la espalda de Sara.

Esta se volvió y lo observó junto a su acompañante, un hombre oriental, enjuto y espigado, con las manos ocultas en la espalda.

—Veo que ya has conocido a Cuatro y a Veintitrés. Te presento a Siete —dijo Cinco.

El recién llegado hizo una ligera inclinación de cabeza y permaneció serio, sin moverse.

—Es genial ver que todo vuelve a la normalidad —dijo Sara por comenzar la conversación por algún lado—. Cinco, tenemos una charla por terminar antes de hablar de nuevo con Trece —añadió diciendo lo que quería manifestar en realidad y sin andarse con rodeos.

Siete abrió asombrado los ojos y se agachó para murmurar algo al oído de Cinco. Este se apartó y lo calmó con unas palmaditas en el brazo y negando con la cabeza. Se volvió hacia Sara.

—Dame un par de minutos para acabar de organizarlo todo —pidió con amabilidad—. Me reuniré contigo en la sala de ocio.

Ella notó cómo se había tensado el ambiente. Echó un rápido vistazo a los demás. Solo Treinta le devolvió la mirada y no para bien. Asintió y salió un poco molesta de la habitación.

—Señor, no creo que... —comenzó Siete.

—No te preocupes —le cortó Cinco, serio—. Asegúrate de hacer lo que hemos acordado.

Siete asintió, obediente. El líder caminó con aire decidido al encuentro de Sara. Cuando llegó a la puerta de la sala de ocio, se paró un segundo y respiró con calma. Después entró y se sentó frente a ella.

—¿Qué tal está Zor-eel?

—Parece que bien. Está durmiendo.

—¿No preferirías esperarla antes de retomar nuestra conversación?
—ofreció amable el hombre.

—No creo que sea necesario —dijo Sara, reforzando lo que decía con una negación de cabeza—. Me estabas hablando de las repercusiones de la animación suspendida.

—Sí. Pronto descubrimos que aquellos que la habían utilizado de manera abusiva volvían a despertar con algo más que nuevos talentos. Trece fue la primera en mostrar los signos de locura. Las visiones comenzaron a abstraerla del mundo real y empezó a tener comportamientos esquizofrénicos, que pronto fueron a peor.

—¿Visiones? —preguntó intrigada Sara.

—Sí, perdona, no lo había mencionado. Al principio Trece comenzó a tener visiones del futuro. Fue así como supo de tu llegada, aunque no pudo precisar la fecha.

—¿Cómo supisteis que eran ciertas?

—Hasta que su comportamiento se ensombreció predijo muchas cosas. Todas ellas se cumplieron.

—¿Por ejemplo?

—Acontecimientos, accidentes, reacciones... En su mejor momento era incluso capaz de acabar las frases de los demás. Observa la imagen que creó de ti.

El hombre accionó el brazalete y le mostró un holograma de ella. El parecido era increíble, incluso el pelo estaba casi igual de corto de lo que lo llevaba en ese momento.

—¿Qué hay de los demás? Tú mismo, por ejemplo. ¿Qué capacidades adquiriste tú?

—No todos recibimos regalos —dijo él con tristeza—. La mayoría de nosotros permanecemos dormidos durante todo el tiempo que Trece estuvo sumiéndose en un ciclo de hibernación y actividad. Ninguno de los dones del resto fue tan espectacular como el suyo: Siete puede medir el tiempo con la precisión de una computadora; Ocho puede acelerar su proceso mental y hacer cálculos casi tan rápido como Cero; otros adquirieron también la capacidad de ver el futuro, ninguno con

la misma habilidad que Trece. —El hombre se levantó y caminó despacio, pasándose la mano por la barba—. Yo no poseo ningún don. Desde entonces he permanecido la mayoría del tiempo despierto, velando por los demás —añadió como para sí mismo.

—¿Y no te diste cuenta de lo que estaba ocurriendo con ella?

—Sí, pero demasiado tarde. Quizá no fui todo lo atento que debiera de haber sido...

Cinco se paró, se volvió, le dio la espalda a Sara y permaneció en silencio un momento. Cuando se volvió, mostraba en la mirada una tristeza insondable.

—Para cuando los síntomas más graves de Trece fueron evidentes, el mal ya se había propagado por nuestra pequeña comunidad. Muchos sufrían la misma esquizofrenia y algunos iban más allá, se habían vuelto paranoicos. Otros, los menos por fortuna, incluso mostraron signos de trastornos psicopáticos.

Se le notaba hundido y sus ojos danzaban de un lado al otro, como buscando una posible salida para no tener que seguir reviviendo todos aquellos recuerdos. Después, respiró profundamente y se irguió.

—No tuvimos otro remedio que tomar medidas drásticas para remediar aquella situación. —Su expresión se ensombreció.

—¿Qué medidas? —quiso saber Sara.

Sabía la presión que estaba ejerciendo en el hombre. No acababa de empatizar con él y se alegraba de que Zor-eel no estuviera allí con ella. Lo más probable era que la hubiera reprendido por ser tan insensible.

—Alguno de los nuestros me ven como un líder. No es que yo lo haya buscado, solo es así —afirmó el hombre encogiendo los hombros—. Cuando la situación se hizo insostenible, convoqué una reunión y la mayoría de nosotros acordamos permanecer en animación suspendida hasta que tú llegases.

—La mayoría. Así que hubo algunos que no quisieron hacerlo, supongo que Trece entre ellos. Sin embargo, cuando yo llegué, ella estaba dormida. ¿Qué hicisteis? —preguntó Sara con dureza.

—Los que no estuvieron de acuerdo fueron obligados a ello —dijo él con la mirada en el suelo.

Sara se levantó de la silla y retrocedió unos pasos. Cinco no se movió ni un ápice.

—¿Quién tomó esa decisión? Fuiste tú, ¿verdad? —preguntó Sara.

El hombre asintió sin alzar la vista. Sara avanzó y se agarró al respaldo de la silla, lista para utilizarla como arma de ser necesario. No confiaba en Cinco y se sentía furiosa por lo que le había revelado.

—Quiero hablar con Trece. Ahora —dijo con determinación.

—Sara, acabo de decirte que no es seguro hablar con ella —dijo Cinco volviendo a mirarla—. Está trastornada.

—O eso es lo que tú dices. Quiero escuchar lo que ella tenga que contar.

Cinco se quedó mirándola dubitativo. Al final, hundió los hombros y bajó la cabeza.

—Está bien, si es lo que quieres... —dijo en voz baja.

—Es lo que quiero.

—Acompáñame, iremos a verla.

El hombre caminó con pesadez hasta el pasillo. Una vez allí, llamó a los demás por el intercomunicador del antebrazo.

—Quiero que Zor-eel esté presente —dijo Sara—. Vayamos a despertarla.

No quería perder de vista a Cinco. Observó con preocupación que el resto aparecían por el pasillo y llamó a Zor-eel desde la puerta, sin atreverse a dejar de vigilar a los demás. La sacerdotisa se levantó despacio y se tensó al ver la cara de su amiga.

—Zor-eel, vamos a hablar con Trece —dijo Sara—. Cinco acaba de contarme que algunos de sus compañeros no están dormidos por voluntad propia, sino que fueron obligados por él.

Sara vio las caras de los demás detrás de Cinco: Ocho, Cuatro y Veintitrés miraron hacia otro lado; Siete no cambió el serio gesto; Treinta clavó los ojos en ella, incluso intentó avanzar hasta que Cinco la detuvo.

—Guíanos —le pidió Sara al dirigente.

Al pasar, los únicos ojos que persiguieron los suyos fueron los de Treinta. La mujer parecía retarla a hacer algo. Una vez que todos se alejaron, Sara los siguió manteniendo la distancia, con Zor-eel al lado.

Cinco los condujo por el corredor hasta una puerta y por otro corredor hasta una segunda entrada. Allí se detuvo y se volvió hacia Sara. Los demás se colocaron tras él.

—Sara, te noto reticente. Te aseguro que no tienes nada que temer de nosotros —dijo el hombre.

—Por el momento, voy a dudarlo.

—Señor, déjeme... —empezó Treinta, que hizo ademán de avanzar de nuevo.

—Por favor —la interrumpió Cinco, de manera amable pero firme—, no empeoremos más la situación. De nuevo, esto no debería estar ocurriendo así —añadió abatido y negando con la cabeza. Treinta se quedó quieta con fuego en los ojos.

—¿Por qué les has pedido a todos que vengan? —preguntó Sara.

—Por ningún motivo en especial —contestó confundido Cinco—. Me pareció prudente que estuviéramos todos, por si acaso.

Sara reflexionó durante unos instantes. Podía sentir la mirada de Treinta acuchillándola. Tampoco era que la presencia de Siete le hiciera mucha gracia.

—Me sentiría más cómoda si redujéramos el grupo —empezó sin añadir más para no incrementar la tensión.

—Muy bien —accedió Cinco—. ¿Quiénes quieres que nos quedemos? —preguntó él tras un breve silencio.

—Por el momento, Treinta puede retirarse —dijo punzante, sin poder reprimirse.

La mujer volvió a dar un paso adelante y Cinco volvió a detenerla, esta vez sin muchas consideraciones.

—Tampoco creo que vayamos a necesitar a Siete —añadió Sara.

—Siete es nuestro responsable de seguridad. Él se queda.

—Que sea Cuatro quien se quede. No veo a Trece tumbando a ese hombretón —dijo divertida Sara. El gigante sonrió y ocultó los dientes

cuando Treinta le dio un codazo—. De hecho, creo que no necesitamos a nadie más.

Cinco frunció el ceño y la miró unos segundos mientras se acariciaba la barba. Después asintió.

—Dejadnos.

Sonó frío y desapasionado. No se había vuelto siquiera para mirar al resto. Todos salvo Cuatro se retiraron por el pasillo en la dirección contraria por la que habían llegado. Cinco abrió la puerta y ofreció paso. Sara entró junto con Zor-eel.

La sala estaba vacía salvo por un pequeño camastro donde reposaba inconsciente Trece, atada de pies y manos. Cuatro entró seguido del líder, que cerró la puerta tras él. El dirigente se acercó hasta Trece, sacó un cilindro de los bolsillos del mono y se lo inyectó. Se volvió y se colocó junto al gigante.

—¿Qué pasa? —preguntó Sara cuando Trece no se movió en un buen rato.

—Tardará en despertar. Estaba muy sedada.

Sara lo miró suspicaz, pero el hombre se limitó a levantar las cejas. De repente, Trece se incorporó hasta quedar sentada en la cama. Abrió los ojos empañados hasta que no pudo más y soltó un grito. Cinco y Cuatro se retiraron un paso. Sara y Zor-eel se apretaron la una con la otra.

Capítulo 5

La mirada angustiada y ciega de Trece se posó en ellos. Intentó levantarse y se detuvo confusa cuando se dio cuenta de que estaba atada. Soltó un largo suspiro y sacudió la cabeza.

—Esto no debería estar ocurriendo así —dijo en un murmullo apenas audible.

Sara se adelantó un paso, sin querer acercarse mucho, y miró hacia atrás: Zor-eel estaba asustada y parecía dudar entre retroceder o acercarse; Cinco se mantenía contra la pared y observaba muy serio a Trece; Cuatro tenía una mirada preocupada, que iba pasando por todos ellos. Sara se volvió de nuevo hacia la mujer.

—Trece, soy Sara —comenzó con voz suave—. Necesitamos hablar contigo. Necesitamos entender qué hacemos aquí.

Trece comenzó a murmurar cosas sin sentido y movió frenética los dedos. Sara se volvió hacia Cinco, que se limitó a encoger los hombros, observarla y dibujar un gesto que daba a entender que ya la había avisado.

—¿Qué le has contado a Sara? —preguntó de repente Trece con los ojos puestos en Cinco.

La voz sonó acusadora, sobresaltándolos. Sara, antes de volverse, vio la sorpresa en el hombre. La cautiva tenía los ojos entrecerrados, aunque no había ira en ellos.

—Solo la verdad —dijo Cinco tras un pequeño silencio.

—¿Tu verdad? —preguntó escéptica Trece.

—La única verdad.

—Basta ya —dijo Sara apuntando con las palmas de las manos a cada uno de ellos, como intentando separarlos—. Cinco nos ha contado vuestra historia, ahora es tu turno —añadió acercándose a la mujer atada.

Se atrevió a cogerla de la mano, pero no a soltarla de las ataduras. El contacto sobresaltó a Trece, que pareció sosegar. Los ciegos ojos se posaron en ella y comenzó a hablar. Relató la aparición en el

planeta, con los padres celestiales, el descubrimiento de la civilización antigua y su tecnología. Concluyó con el fallido intento de abandonar Tempus y recorrer el espacio y con el estudio y desarrollo de la animación suspendida.

—Cuando descubrimos las capacidades que podían obtenerse tras la hibernación, decidimos potenciarlas —prosiguió Trece—. Cinco se enfadó porque él no había obtenido ningún don e intentó prohibir la práctica.

—¡Eso no es cierto! —protestó él—. Sabes bien que no fue así. Fuiстеis tú y algunos más los que os obsesionasteis con aquello, los que empezasteis a aislaros del resto y a comportaros de manera extraña.

Trece lo miró asombrada y después contrajo la cara por la rabia. Apretó los labios con fuerza y posó los ojos en Cuatro. Sara se giró y vio la confusión del gigante, que se apretaba y frotaba las manos sin parar.

—¿Tú qué dices, hombretón? ¿Quién dice la verdad?

—Yo... —La voz de Cuatro sonó dubitativa, como la de un niño presenciando la discusión de sus padres.

—No te preocupes —le dijo Cinco apoyándole una mano en la espalda y la otra en el brazo—, puedes hablar sin tapujos.

—Yo no sabría decir. Es cierto que Trece y otros se comportaban de manera rara —dijo Cuatro.

—Estábamos intentando convencerlos de la mejor manera de proceder —dijo Trece.

—¿Y cuál era?

La voz de Cinco estaba cargada de reproche.

—No la tuya. —Trece escupió con rabia las palabras—. ¿Le has contado a Sara tus planes?

—Todavía no he tenido ocasión.

Sara parpadeó confusa. Por un momento le pareció haber visto al hombre distorsionado e intermitente, como en el holograma cuando habían llegado al refugio.

—Ya que estamos revelando cosas, ¿por qué no les cuentas cómo te quedaste ciega? —dijo Cinco.

Trece guardó silencio y bajó los ojos. Después, fijó la mirada en Zor-eel. La sacerdotisa se removió incómoda.

—Lo haré yo —dijo el líder tras el largo silencio de la interpelada—. La única manera de sufrir lesiones permanentes es infringírnoslas nosotros mismos. Trece hizo que Ocho le fabricase un artefacto que la dejara ciega. Estaba convencida de que eso aumentaría su poder de predicción, ¿no es así? —Miró con resentimiento a la mujer.

—¿Y eso a ti qué más te da? —explotó Trece—. Siempre te has metido en las vidas de los demás. Quieres controlarlo todo y a todos. Sara —dijo volviéndose hacia ella—, los planes de Cinco no son otros que los que más le benefician a él. Quiere utilizarte para escapar de este planeta y poder comenzar con sus conquistas. Se ve como un emperador destinado a gobernar el universo.

—Estás loca —dijo él con desprecio.

—¡No! —gritó Trece—. No te atrevas a negarlo. Llevas manipulándonos a todos desde el principio, engañándonos. —Empezó a tirar de las ataduras y a revolverse en el lecho de manera incontrolada—. Si pudieras me matarías porque soy la única que ha logrado ver a través de tus mentiras.

Los movimientos de Trece le desgarraron la carne alrededor de las ligaduras y amenazaron con causarle daños más graves. Zor-eel dio un paso adelante mientras la miraba con preocupación.

—Cálmate, por favor.

—¡No! —gritó la cautiva fuera de sí—. Tenéis que creerme. No os dejéis engañar por él. Es un monstruo.

—Hazle caso a Zor-eel, cálmate —dijo Cinco apareciendo al lado de la cama—. No me obligues a sedarte otra vez —añadió con el cilindro inyector ya en la mano.

Trece lo miró con odio y le escupió en la cara. Zor-eel retrocedió un paso, asustada. Cinco observó cómo la cautiva se revolvía y se agitaba. Sin dudarle, le inyectó el sedante y se quedó junto a ella soportando los gritos y los insultos hasta que se relajó y cerró los ojos. Después, hundió los hombros y se limpió la saliva del rostro.

—Lamento que hayáis tenido que presenciar esto —dijo con un murmullo.

Sara miró confundida a Zor-eel y vio cómo esta se debatía, dividida por dentro. Ella misma no sabía qué pensar. Creía que la conversación con Trece iba a aclararle las cosas, pero lo único que había hecho era enredarlas todavía más.

—No te tortures, he sido yo quien te lo ha pedido —le dijo al hombre.

—Aun así.

—Me gustaría que me contaras cuáles son esos planes de los que hablaba Trece. También quiero hablar con Ocho para que me dé su versión sobre la ceguera de ella —dijo Sara.

Zor-eel la miró asombrada. Sus palabras se habían escuchado duras y crueles. Sara no quiso cruzar miradas con ella y continuó observando a Cinco.

—Ocho, reúnete con nosotros de inmediato —dijo el dirigente utilizando el brazalete.

Tensó la mandíbula e hizo una breve pausa. Se volvió hacia Sara y Zor-eel con un gesto más relajado.

—Ahora que Trece está descansando, salgamos y reunámonos en otro sitio, por favor.

Salieron al pasillo justo cuando llegaba el joven. Los miró expectante y torció los labios al ver sus expresiones.

—Ocho —dijo Sara—. ¿Podrías contarme cómo se quedó ciega Trece?

Zor-eel volvió a mirarla asombrada. Sara era consciente de que estaba siendo muy poco delicada, pero estaba cansada y confundida, no quería andarse con rodeos ni retrasar las cosas de manera innecesaria. Ocho se sorprendió y miró por un instante a Cinco, que no se movió.

—Yo... —dudó el joven al principio—. Bueno, sí. Ella estaba convencida de que perder la vista le ayudaría con sus visiones, así que me pidió que le crease una máquina para eso —dijo bajando la vista al suelo con arrepentimiento.

—¿Y lo hiciste?

A Sara no le encajaba que el muchacho hubiera hecho lo que estaba admitiendo.

—Sí. Yo estaba enamorado de ella —confesó él sin levantar la mirada.

El tono de voz del muchacho llegó a sus corazones antes que las palabras a sus cerebros. Zor-eel se acercó al joven y lo abrazó. Sara, atónita, vio cómo la cara de Cinco adquiría aquella expresión que le decía que se lo había advertido, aunque sin ningún reproche en ella. Sintió la mordedura de la conciencia por dentro. Se obligó a ignorarla y se dirigió al hombre.

—Está bien, es posible que no hayas mentido. Ahora, ¿podrías contarme los planes de los que ha hablado Trece, por favor?

—Haré algo mejor que eso, os los mostraré.

El hombre les indicó que lo siguieran y recorrió los corredores hasta llegar a una estancia amplia, con varios vehículos.

—Ocho, ¿están preparados los transportes?

El joven comprobó los datos en la proyección de su brazalete.

—Este tiene la energía casi al máximo. Revisaré el resto.

—Debería ser un viaje corto y tranquilo, pero me gustaría que nuestras invitadas tuvieran un uniforme, por si acaso.

—No hay problema. Ahora mismo los traigo —dijo sonriente Ocho mientras se alejaba.

—Sara, Zor-eel, los trajes que os va a traer Ocho son similares a los nuestros. Están conectados a Cero, de manera que ella podrá monitorizar vuestros signos vitales y recoger vuestra localización en todo momento. Tenéis además un intercomunicador integrado en el brazalete. Podéis hablar con cualquiera de nosotros o con todos si usáis el canal común.

Les explicó el funcionamiento de los aparatos, que eran tan sencillos que hasta Zor-eel, después de reponerse de la sorpresa inicial, fue capaz de aprenderlo.

—Aquí los tenéis —dijo Ocho tras llegar con las nuevas ropas—. Algunas de las funcionalidades no estarán disponibles debido a que no tenéis los diferentes implantes que nosotros poseemos, pero eso se puede arreglar a la vuelta —explicó con una sonrisa.

—¿No son un poco pequeños? —preguntó Sara examinando el suyo.

—No te preocupes, son tamaño único. Son muy elásticos y se adaptan a todos los cuerpos, incluso al de Cuatro —dijo orgulloso Ocho.

Sara esperó un segundo con el uniforme en las manos, mientras los demás seguían frente a ella. Miró a Zor-eel, que le devolvió una mirada confusa, y se quitó la camiseta. Nadie se movió. Encogió los hombros y se desnudó frente a los hombres, que no mudaron el gesto. Vio cómo Zor-eel hacía lo mismo y ambas se vistieron con el nuevo atuendo.

El mono, de tacto parecido al neopreno, se adaptó a sus formas tal y como Ocho había anunciado, estirándose y contrayéndose hasta envolverlas como una segunda piel. Era muy cómodo y parecía regular el calor.

—Una pregunta —dijo Sara dubitativa y mirándose a sí misma—. ¿Cómo hacemos cuando tengamos pipí?

Cinco y Ocho se miraron confundidos.

—Sí, ya sabéis. Orinar, las funciones corporales —explicó Sara confundida también.

—Oh, eso —anunció Ocho con el rostro iluminado por la súbita comprensión—. Me temo que no están diseñados para eso. Nosotros no excretamos ninguna sustancia. Imagino que tendréis que quitároslos.

Sara le dirigió una mirada interrogativa.

—Nuestra naturaleza hace que no tengamos la necesidad de comer o beber. Por lo tanto, no tenemos que deshacernos de nada.

—Hablando de comida —dijo Zor-eel—. Estoy hambrienta. ¿Podemos comer algo antes de irnos?

—Me temo que eso va a ser un problema —dijo Cinco.

—Este planeta carece de vida que no sea la nuestra —explicó Ocho con su acostumbrado entusiasmo—. He estudiado vuestro organismo y deducido vuestras necesidades. He llegado a una solución no demasiado óptima, pero viable. Aunque no soy un experto en la materia, debería funcionar.

—¿Cuál es? —preguntó Zor-eel.

—Podemos amputarnos algún miembro y utilizarlo como sustento —explicó el joven con una sonrisa que borró al momento, al ver las expresiones de las dos mujeres—. No os preocupéis, con que lo cerceñe otra persona que no sea uno mismo, el daño quedará reparado al cabo de un tiempo.

Su sorpresa se incrementó al ver que la expresión de sus interlocutoras no cambiaba.

—¿No hay ninguna otra manera? —preguntó horrorizada Zor-eel.

—¿De qué? Debería ser suficiente, es decir, ¿me he confundido al calcular las cantidades? —dijo inocentemente el muchacho.

—No, se refiere a conseguir comida de otra manera. En nuestros planetas no nos comemos a los nuestros, nos resulta repugnante —explicó Sara.

—Oh —se limitó a decir Ocho—. Podemos licuar el sustento, procesarlo y administrárselo por vía intravenosa —añadió ilusionado.

—Déjalo —dijo asqueada Sara—, tendremos que aguantar sin comer. Espero que podamos resolverlo todo lo antes posible y que no tengamos que recurrir a eso.

Ocho encogió los hombros.

—Pero agua sí tenéis —afirmó Zor-eel.

—Sí, eso es fácil —dijo el joven.

—Bien, esperemos que sea suficiente.

—¿Cómo está el tiempo fuera? —preguntó Cinco al entender que la charla sobre las necesidades fisiológicas había concluido.

—Tranquilo y sin previsión de tormentas —respondió Ocho.

—Bien, entonces procedamos. Ocho, por favor, revisa el resto de los transportes y comprueba que estén preparados. Dile a los demás a dónde vamos y que volveremos pronto.

Se dirigió al vehículo después de ver asentir al joven. El transporte estaba apoyado en el suelo, no tenía ruedas y sus líneas rectas formaban un contorno casi rectangular. Abrió la puerta deslizándola hacia un lado y les ofreció paso. Zor-eel entró siguiendo a Sara y se sentaron detrás del sitio que ocupó Cinco. El vehículo emitió un ligero zumbido cuando el hombre lo activó y se elevó unos centímetros sobre el suelo. Cinco manipuló los controles de la proyección holográfica del brazalete y una porción de la pared del hangar se abrió para revelar una rampa ascendente. Con unas últimas pulsaciones, el transporte se puso en movimiento y Cinco se volvió hacia Zor-eel y Sara.

—¿Cómo funciona? —preguntó Sara.

—Levitación magnética —contestó Cinco.

Sara asintió asombrada.

—Mira, Zor-eel, es como vuestros carruajes, pero sin caballos.

La sacerdotisa miró por las ventanillas y luego se volvió hacia ella, atónita. Avanzaron por el yermo paisaje en dirección a unos montes cercanos. El cielo estaba oscuro, tranquilo y en el silencioso vehículo reinaba una sensación de paz. Permanecieron en silencio un buen rato, con Cinco observándolas divertido mientras ellas admiraban el paisaje.

—¿Cómo habéis llegado hasta aquí, Sara? —preguntó el hombre rompiendo la quietud—. Ocho me ha dicho que no procedéis del mismo planeta y por lo que veo Zor-eel no conoce mucha de nuestra tecnología. Adivino que fuiste tú la que recorriste el espacio hasta llegar a su mundo, pero ¿cómo llegasteis a Tempus? No hemos visto ninguna nave.

Sara miró a Zor-eel rogándole con la mirada que le dejase hablar a ella y se revolvió intranquila en el asiento.

El Único sintió el zumbido de alerta en el brazo y al momento manipuló los mandos del brazalete. Observó las imágenes proyectadas desde el aparato. Localizó el vehículo y amplió la perspectiva mientras una línea le mostraba la trayectoria que seguía.

—¿Por qué vais ahí y por qué ahora? —dijo para sí con los ojos entrecerrados.

Se volvió irritado al notar el leve ruido producido por una de las criaturas, que se quedó muy quieta y se encogió al notar la mirada del amo. La miró con desprecio por su insignificancia y con orgullo propio, complacido al ver la perfección de su creación. Vio en la penumbra que la piel carente de pelo del ser burbujeaba y cambiaba; latía y ondeaba hasta que quedó en reposo. Los ojos, oscuros y brillantes, permanecieron fijos en él.

Bajo ellos se formó una boca y esta emitió varios sonidos, que se presentaron como un balbuceo gutural y se extinguieron sin llegar a tener un significado. El hombre, más que irritado, inició el contacto telepático demandando la información que la sirvienta había sido incapaz de expresar. Enfurecido al comprobar que las nuevas que le traía

eran las mismas que él había descubierto, se levantó del asiento, sacó el arma y disparó.

El cuerpo de la cosa se deformó. Se estiró y fluyó hacia los lados para esquivar la descarga de energía. El Único soltó un grito furioso. La boca del ser se llenó de dientes afilados y la provocación le fue devuelta.

Tres nuevas ráfagas acabaron con la vida de aquel organismo imperfecto, dejando al hombre preocupado y con la respiración acelerada. Observó inquieto alrededor. Estaba solo. Reflexionó durante mucho tiempo acerca de lo que acababa de ocurrir y un poco más sobre lo que hacer al respecto. Durante ese tiempo, desvió los ojos incontables veces hacia la armadura pesada. Cuando volvió la vista a la proyección, el vehículo ya casi había llegado al destino. Maldijo y contactó con las criaturas más cercanas. Les lanzó órdenes apresuradas, descargando su furia en ellas. Se sentó en la silla y trató de tranquilizarse cambiando la perspectiva de la imagen para ver el avance de las enviadas. Maldijo de nuevo y golpeó la consola con los puños.

—Puedo desplazarme a través del espacio por mis propios medios. No necesito una nave —dijo Sara tras meditar la respuesta y sin llegar a estar convencida de si aquella era la más adecuada.

Cinco pareció querer esbozar una sonrisa que no llegó a formarse y Sara creyó ver su imagen parpadear.

El hombre asintió sin decir nada. No parecía demasiado sorprendido.

—¿Estás bien? —preguntó Sara.

Alargó la mano y tocó la de él. Era real.

—Sí —dijo Cinco mirándola con curiosidad—. Estamos a punto de llegar.

Se volvió de nuevo al frente y manipuló los mandos virtuales. El transporte se dirigió derecho hacia la pared de roca, que se retiró de la misma manera que la del hangar del búnker. Entraron en una estancia similar a aquella, con cuatro vehículos iguales al que ocupaban. Cuando el suyo tocó el suelo, Cinco abrió la puerta y les ofreció paso para después conducir las hasta un ascensor. Cuando salieron de él, en una sala enorme, la vista de la nave las dejó atónitas unos segundos: era tan grande como un edificio, alargada y plana, más estrecha por los bordes;

flotaba tres metros sobre el suelo y el material del que estaba hecha, plateado y pulido, reflejaba el entorno.

—Os presento la Tria —anunció Cinco con orgullo.

—¿Qué es? —preguntó Zor-eel en voz baja.

—Es una nave —contestó Cinco.

—Un barco para surcar las estrellas —le explicó Sara a su amiga.

Zor-eel abrió los ojos con sorpresa.

—Seguidme, por favor —solicitó el hombre.

Cuando se acercaron, la superficie de la nave fluyó para formar una rampa de acceso. El interior estaba iluminado por una luz tenue y era de un blanco prístino. Siguieron a Cinco por varios corredores hasta llegar a una gran sala con una consola y varias sillas. En el centro, una estructura del mismo metal que el casco surgía del suelo y formaba un contorno humanoide.

—El puente de mando —anunció Cinco—. Tria, muéstranos los planos de la nave.

—Bienvenido, Cinco.

La voz femenina sonó desde ningún sitio y desde todos. No era una voz impersonal como la de Cero, tenía un tono humano.

La sala se llenó con imágenes holográficas representando el interior de la nave.

—Este es nuestro proyecto más ambicioso —afirmó Cinco—. El objetivo es recorrer el universo y compartir el conocimiento que hemos adquirido durante todos estos años con el resto de sus habitantes. Sara, puedes examinar los planos, verás que no llevamos armas, solo grandes depósitos de datos y tecnología utilitaria.

Le explicó cómo interactuar con la proyección holográfica y Sara estuvo un rato inspeccionando todos los elementos. Zor-eel se quedó de pie al lado, observando muy atenta con la boca abierta.

—¿Por qué Tria? —preguntó Sara mientras seguía con el examen.

—Tendrás que preguntarle a Ocho y a Veintitrés —respondió Cinco encogiendo los hombros—. Estoy seguro de que te darán una larga explicación sobre el nombre.

—Veo que está preparada para acoger a mucha gente, más de los que sois vosotros —comentó Sara.

—En efecto. Es por si tuviéramos que auxiliar a alguien más durante nuestro viaje.

—Hay partes que no entiendo —dijo reticente Sara.

—No hay problema en que Ocho te explique todo en detalle —ofreció Cinco con una sonrisa burlona, pero sin maldad.

—De todas maneras, si estáis atrapados en este planeta por la anomalía temporal, ¿cómo pensáis usar esta nave para salir?

—Ahí es donde entras tú. —Cinco señaló la estructura metálica en el centro de la sala y vio a Sara lanzarle una mirada interrogante—. Una vez que hayas accedido al cubo de los padres celestiales deberías ser capaz de liberarnos. No pretendemos que te quedes con nosotros después de eso, puedes estar tranquila. Solo necesitamos que nos ayudes a salir de aquí.

—¿Eso es lo que os encargaron vuestros señores? —preguntó Sara observando con cuidado al hombre.

—Ellos solo nos dieron la tarea de custodiar el objeto hasta que tú llegaras —respondió él, serio.

—¿No deberíais cumplir con sus designios y entregarle el objeto a Sara entonces? —preguntó molesta Zor-eel.

—Sara, Zor-eel, no nos oponemos a entregar el objeto —dijo Cinco con tranquilidad—, pero entenderéis que no queremos seguir atrapados en este mundo para siempre. Me parece que lo que ofrecemos es justo para todos.

—No creo que tengas la potestad de comerciar con algo que no es tuyo, ni que debas retorcer los deseos de quienes os lo han dado todo —replicó enfadada Zor-eel.

El hombre la miró asombrado. Zor-eel, con el ceño fruncido, miró a Sara para después volverse de nuevo hacia Cinco.

—No pretendemos comerciar, ni nos oponemos a los deseos de nadie. Solo buscamos nuestro bien y el de todos —se defendió el hombre.

—¿Entonces por qué no le entregáis el objeto a Sara, sin más? —preguntó Zor-eel.

—Tranquilos, chicos —dijo apaciguadora Sara—. Entiendo lo que dices, Cinco, me parece justo. —Lo vio mirarla aliviado—. Sin embargo, comprenderás que ahora mismo la cosa no es tan perfecta como tú la estás pintando. Me parece muy bien lo que dices y lo que nos muestras apunta en la misma dirección, pero el problema con Trece no se ha solucionado y, por lo que me has dicho, hay más en las mismas circunstancias. ¿Qué pretendes hacer con ellos?

—Nos acompañarán, por supuesto —afirmó enérgico él—. Los mantendremos en animación suspendida hasta que podamos encontrar un remedio para su mal.

—¿Y cómo sé que eso es cierto? —Sara se plantó frente al hombre.

—¿Y de qué otra manera habría de ser si no?

—No lo sé. Antes de nada, quiero volver a hablar con Trece.

—Sara, ya la has visto. Está loca —protestó Cinco.

—Es lo mismo, quiero hacerlo. —Sara cruzó los brazos y vio al hombre hundir los hombros, abatido—. Solo quiero asegurarme de que no hay nada que pueda hacer antes de comenzar el viaje. No podemos desperdiciar la oportunidad antes de partir, ¿no crees? —añadió en tono conciliador.

—No sé cómo pretendes arreglar nada. Nosotros lo hemos intentado por mucho tiempo sin resultados.

—Dejémoslo por el momento. Deberíamos volver. No creo que vayamos a resolver nada aquí y ahora —dijo Sara.

Notó las miradas de Zor-eel mientras volvían al transporte. Sabía que la sacerdotisa quería que hablasen. Ella también lo estaba deseando. Desde que habían llegado a Tempus no habían tenido casi ocasión de estar a solas.

Cinco permaneció mirando al frente en el viaje de vuelta, mesándose la barba y sumido en sus pensamientos. Zor-eel iba mirando por la ventana y Sara intercambiaba miradas entre el exterior y su amiga. De repente, algo golpeó con fuerza el vehículo, que se ladeó un poco para después continuar.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó alarmada Sara.

Todos miraron por las ventanillas, pero ninguno vio nada en aquella oscuridad.

—Quizá hayamos chocado con alguna roca, aunque no debería ocurrir —dijo preocupado Cinco.

Sara vio la mirada asustada de Zor-eel cuando esta la cogió de la mano. No quiso darle importancia porque sabía que el viaje en aquel transporte era algo que la atemorizaba, pero el temblor que le llegó de ella la intranquilizó.

Capítulo 6

El eco de sonidos guturales y chasquidos se transformó poco a poco en un alboroto de chillidos y recorrió como una ola el mar de cuerpos de las criaturas. Se agitaron furiosas chocando unas con otras y elevaron las voces al cielo. Tal y como había empezado, el sonido cesó y los seres se apartaron para dar paso a su señor.

El Único avanzó inquieto entre todas ellas, inflamado por la furia a pesar de la pequeña punzada de temor que le atenazaba el cuello.

—¡Inútiles! La habéis dejado escapar —escupió con odio. Vio a la masa de extremidades retroceder y encogerse—. No servís para nada. Debería destrueros aquí mismo.

La horda comenzó a agitarse como una masa informe y los gemidos se convirtieron en gruñidos irritados, que se propagaron por las capas más lejanas. El Único se percató al cabo de un rato, sacó el arma y abrió fuego sobre sus sirvientes más cercanas, acabando con varias. Volvió a escuchar los gritos agudos, ensordecedores hasta tal punto que casi tuvo que taparse los oídos. Vio cómo los cuerpos de las caídas eran despedazados y devorados por sus compañeras y se retiró furibundo al refugio mientras sus creaciones se arremolinaban alrededor, cada vez más cerca, hasta casi tocarlo.

Sara observó los ojos blanquecinos de Trece abrirse. La mujer se removió inquieta, todavía atada, mientras Zor-eel la contemplaba con un atisbo de lástima y Cinco se acariciaba la barba, preocupado.

—Me gustaría charlar un rato a solas con Trece —dijo Sara tras una larga reflexión.

—No te molestes —dijo la mujer mirando al techo—. Cero vigila todas las estancias. No hay manera de que Cinco no se entere de lo que hablamos si así lo quiere.

—Podremos decirle a Cero que aisle esta sala en concreto, ¿no? —comentó sorprendida Sara.

—¿Y te vas a fiar de que lo haga?

—Puedo hacerlo, aunque ella no me crea —dijo Cinco mirando acusador a la mujer.

Se hizo un silencio tenso. Trece fijó los ojos en Zor-eel, que dio un respingo y se volvió de espaldas. Sara pasó la mirada del hombre a la mujer. No parecían fiarse el uno del otro y ella no se fiaba de ninguno. Iba a ser difícil averiguar quién de ellos decía la verdad, si es que alguno lo hacía.

—Zor-eel. —La voz de Trece volvió a sonar en la mente de la sacerdotisa—. ¿Puedes oírme?

—Sí, ¿cómo? —respondió mentalmente Zor-eel mientras seguía mirando la pared para que nadie se diese cuenta de su sorpresa.

—Tus dones provienen en parte de tu diosa. Sin embargo, otra parte estaba oculta en ti misma, solo que no lo sabías. Cuando te atacé solo lo hice para despertar esa parte.

—Lo que siento es a la vez familiar y extraño —dijo Zor-eel.

—Tendrás que adecuarte de nuevo al uso de tu poder. Intentaré auxiliarte cuando pueda, pero si me sedan no podré hablar contigo. Tienes que ayudar a Sara a ver a través de las mentiras de Cinco.

—¿Cómo puedo saber quién miente y quién dice la verdad? —preguntó angustiada Zor-eel.

—Busca en tu corazón. Quizá ahora no puedas percibir los pensamientos de la misma manera que antes, pero podrás.

La voz de Sara interrumpió la conversación secreta entre Trece y la sacerdotisa:

—Creo que la única manera de salir de dudas es que hable con todos los miembros de vuestra comunidad —dijo.

—Eso es una locura —se opuso atónito Cinco—. No podemos despertar a todos y someterlos a un interrogatorio. Algunos son peligrosos y no vamos a tenerlos como a Trece, atados y sedados.

—¿Qué sugieres entonces? —preguntó Sara.

—¿Por qué te cuesta tanto creerme? Creo que te he dado suficientes pruebas de que lo que digo es cierto.

—Me habéis hablado de muchas cosas —dijo Sara dirigiéndose

tanto a Cinco como a Trece—, aunque creo que hay muchas más que me ocultáis.

La alarma los sobresaltó a todos. La voz de Cero se oyó en todas las estancias.

—Ataque detectado. Aplicando medidas defensivas.

—¡A la sala de control! —gritó Cinco mientras salía de la habitación a toda prisa.

Sara y Zor-eel se miraron asustadas. La luz había cambiado de nuevo y lo bañaba todo con su fulgor rojizo.

—Desatadme, por favor —pidió Trece con voz lastimera.

Zor-eel dio un paso hacia la mujer, pero Sara la detuvo. La sacerdotisa se debatió entre ambas mientras Sara intentaba arrastrarla fuera de la habitación. Oyeron la voz de Cero resonando por encima del estrépito de la alarma desde la puerta, con Zor-eel todavía resistiéndose.

—Brecha en las defensas. Intrusos en el recinto.

Ignorando los gritos de la cautiva, Sara maldijo, tiró de Zor-eel con fuerza y la sacó al pasillo. Avanzaban en dirección al corredor que las llevaría a la sala de control cuando un sonido metálico, detrás de ellas, las hizo girarse. Una sección del techo se había desprendido y sobre ella había un ser que las aterrorizó: la forma humanoide, carente de pelo, se agazapaba preparada para saltar; la piel grisácea fluía y ondeaba sobre poderosos músculos; unos delgados tentáculos, salidos de la parte alta de la espalda, se retorcían en el aire; dos filas de afilados dientes lo amenazaban todo desde la enorme boca, pero fueron los ojos, dos abismos negros y brillantes, los que las paralizaron.

La cosa emitió un chillido estridente y corrió hacia ellas, con la boca todavía abierta y salivando. Sara tiró de Zor-eel hasta que llegaron al siguiente corredor.

—Cero, bloquea esta puerta —gritó apurada.

Solo podía ver aquellos ojos oscuros cada vez más cerca.

La puerta se cerró y se oyó un fuerte golpe al otro lado. Sara y Zor-eel se abrazaron con fuerza. Por un segundo, solo se oyó el irritante sonido de la alarma junto con un bullicio apagado proveniente de la sala de

control. Las mujeres saltaron y chillaron cuando la puerta tembló con el martilleo de los golpes de su perseguidor.

Acababan de girarse para seguir su camino cuando la puerta al final del pasillo se derrumbó y otro de aquellos seres cayó sobre ella. Por encima de este pudieron ver a Cuatro y a Treinta luchando, hasta que los tentáculos comenzaron a moverse. El engendro se levantó, de espaldas a ellas. Sara y Zor-eel contuvieron la respiración, todavía abrazadas. La horrenda cabeza se giró en un ángulo imposible hasta que sus ojos las traspasaron. El grito, estremecedor, fue seguido por el de las mujeres, que retrocedieron corriendo hasta topar con una puerta abierta y entraron en la habitación.

Sara buscó con desesperación algo con lo que bloquear la entrada y soltó un juramento al comprobar que todos los muebles estaban pegados a las paredes o al suelo. Vio la puerta cerrarse y cercenar uno de los largos y delgados tentáculos, que cayó al suelo del dormitorio y continuó retorciéndose varios segundos. El sonido de los golpes las hizo retirarse hasta el fondo de la sala. Buscaron sin éxito un escondite o algo con lo que defenderse. Oyeron varios golpes más y luego solo quedó el ruido de la alarma. Se miraron asustadas.

—Sara, esas criaturas... —comenzó a decir Zor-eel.

El chirrido de la puerta la hizo callar. Las dos hojas se abrieron muy despacio para dejar ver el enorme cuerpo de Cuatro separándolas. Sara, aliviada, dio un paso hacia él. Un largo y afilado apéndice, manchado de sangre, surgió del pecho del hombre. El gigante miró hacia abajo asombrado hasta que otro más le atravesó la cabeza. Se derrumbó inerte para revelar al monstruo que lo había asesinado.

Sara retrocedió. Se apretujó junto a Zor-eel contra la pared y vio que la criatura avanzaba. Una larga y húmeda lengua salió de la boca y se escondió de nuevo entre los afilados dientes. El ser se acercó hasta que la cara, solo ojos y boca, estuvo a meros centímetros de las suyas. Las mujeres giraron la cabeza evitando la lengua, que había vuelto a aparecer y se acercaba cada vez más. Los delgados tentáculos se posaron en sus hombros y las atraieron hacia los colmillos.

De repente, todos los apéndices se retiraron y el enorme cuerpo de Cuatro se interpuso entre ellas y aquella cosa. Forcejearon y el gigante sujetó los brazos del ser, acabados en punta, que intentaban atravesarlo de nuevo. El grito de Cinco les llegó desde más allá.

—¡Proteged a Sara!

Tanto el extraño ser como Cuatro fueron reducidos a cenizas. En la puerta estaban Siete y Treinta, con unas armas similares a rifles de gran tamaño. Cinco asomaba por detrás.

—¡Seguidnos! —ordenó con urgencia—. Tenemos que volver a la sala de control.

Sara y Zor-eel corrieron hacia ellos; no querían quedarse solas de nuevo. Recorrieron el pasillo hasta la amplia estancia, donde Ocho y Veintitrés luchaban cuerpo a cuerpo con más de aquellas aberraciones. Siete y Treinta dieron cuenta de ellas sin importarles si herían a sus compañeros: la joven perdió una pierna y media cadera de su compañero se volatilizó. Ambos cayeron al suelo sin sentido.

—Cero, ¡desconecta esa maldita alarma! —ordenó Cinco a gritos—. ¿Ha acabado el asalto?

La contestación de la computadora se vio ensordecida por el angustioso chirriar de la puerta que llevaba al ascensor. La hoja se dobló sobre sí misma revelando un corredor repleto de endriagos, que entraron como un enjambre a la sala. Cuatro apareció por el pasillo por el que ellos habían llegado, arrastrando el cadáver de otra de aquellas cosas.

—¡Retiraos a las habitaciones! —gritó Cinco.

Todos volvieron al pasillo salvo Siete y Treinta, que se quedaron disparando a los atacantes a medida que se acercaban. Zor-eel se agarró la cabeza y comenzó a llorar. Los chillidos agónicos de los invasores se mezclaron con las descargas de energía de los rifles. Una tras otra, las atacantes fueron cayendo.

Cuando todo acabó, Sara y Zor-eel se quedaron en el pasillo mientras los demás remataban a los derrotados y ayudaban a Ocho y a Veintitrés a salir de entre los restos de la carnicería.

—Esos seres son esclavos —murmuró Zor-eel entre lágrimas—. Les han obligado a hacer esto.

—¿¡Qué demonios ha sido eso!?! —gritó Sara ignorando a su amiga y encarándose con el resto—. Habíais dicho que no había nadie más que vosotros en el planeta. ¿Y qué son esas armas?

El pequeño grupo se volvió hacia ella. Treinta apretó las manos en torno al rifle.

—Cero, informe de situación —ordenó Cinco haciendo caso omiso de Sara.

—El ataque ha cesado. No se detectan más formas de vida en las cercanías.

—¡Respóndeme, maldito hijo de puta! —Sara agarró las ropas de Cinco y lo zarandó.

Cuatro la separó al instante y paró el golpe que Treinta le lanzaba a Sara.

—¡Basta! —gritó Zor-eel con desesperación—. Por favor —suplicó con una voz queda que casi no había logrado salir de su garganta.

Todos se miraron unos segundos, con confusión y arrepentimiento.

—¿Y Trece? —preguntó de repente Sara.

Corrieron hasta la habitación de la cautiva. Cuando llegaron, Trece se abalanzó con un grito sobre Cinco y lo derribó. Le arañó la cara con furia y lo mordió en el cuello hasta que Cuatro se la quitó de encima. La mujer no pudo decir nada, un disparo de Treinta la hizo desaparecer junto con las manos del gigante, que gritó de dolor y le lanzó una mirada acusadora a su compañera.

Zor-eel se desplomó. Sara observó los restos descuartizados del anterior cuerpo de Trece sobre la camilla y se tragó su propia bilis.

—Preparaos para cuando resurja —ordenó Cinco mientras Siete lo ayudaba a levantarse.

Sara se arrodilló junto a Zor-eel y la examinó durante un largo rato. No parecía estar herida, solo se había desmayado, pero tampoco podía despertarla. Volvió a alzar la mirada cuando vio a Trece aparecer delante de ella. Treinta la golpeó en la cabeza con la culata del rifle. Cuatro recogió el cuerpo inerte de la vidente, volvía a tener manos.

Sara se quedó agachada mirando a la nada. Estaba demasiado impresionada por lo que había visto como para reaccionar. Vio a Cuatro pasarle el cuerpo inconsciente de Trece a Siete y recoger a Zor-eel del suelo. Ocho la ayudó a levantarse, la condujo hasta una de las habitaciones y la ayudó a tumbarse en la cama, donde se acurrucó y comenzó a temblar. El muchacho se quedó con ella hasta que Cinco lo reclamó por el intercomunicador. Con una última mirada de preocupación, el joven salió de la sala dejándola sola.

Sara no sabía cuánto tiempo había pasado cuando la voz de Zor-eel resonó en su cabeza. Se incorporó alarmada. No había nadie más en la habitación.

—Sara, soy yo, Zor-eel —sonó la voz de nuevo—. Estoy en mi habitación, escúchame.

—Pero ¿cómo? —dijo Sara en un murmullo.

—Asegúrate de no hablar, solo piensa —le dijo la sacerdotisa.

Zor-eel le repitió las palabras de Trece, cómo le había explicado que todavía tenía parte de su poder.

—No sé muy bien cómo funciona. Esto que estoy haciendo no debería ser posible.

—¿No era inmune a tus dones?

Formó las palabras en silencio con la boca y se recostó de nuevo en la cama.

—Sigo sin sentirte, pero parece que ahora puedo comunicarme contigo de esta manera, algo que no había hecho antes, ni siquiera con los demás habitantes de Dilmun.

—No entiendo nada, Zor-eel.

—Yo tampoco. Lo bueno es que podemos hablar sin que los demás nos oigan.

Sara se revolvió en la cama. Todavía estaba impresionada por la matanza que había visto y su amiga podía hablar con ella telepáticamente. Eran demasiadas cosas para absorber en tan poco tiempo.

—Hay algo que quiero contarte de esas criaturas —dijo Zor-eel.

Sara estaba molesta por tenerla en la cabeza. Al menos sabía que su intimidad seguía siendo suya. Pensó en cómo debían sentirse los habitantes de Dilmun y la idea no le agradó.

—He sentido sus pensamientos, aunque eran algo extraño —continuó la sacerdotisa.

—¿A qué te refieres?

—No han atacado por voluntad propia, los han obligado.

—¿Quién?

—No lo sé, juraría que un hombre. No he llegado a captar bien la imagen.

Sara se levantó indignada de la cama. ¿Y si todo había sido una artimaña de Cinco para inclinar la balanza a su favor? El hombre tenía que darle muchas explicaciones, ya estaba harta.

Salió de la habitación, llamó a Zor-eel y esperó hasta que apareció en el pasillo. No había nadie más, así que la cogió de la mano y la casi arrastró hasta la sala de control.

—Sara, cálmate —le pidió su amiga justo antes de entrar.

Ocho estaba frente a los monitores. Siete se encontraba detrás del muchacho, junto a Cinco. Todos se volvieron al oír la puerta.

—Sara, ¿qué tal... —comenzó Cinco.

—Vamos a hablar largo y tendido. Se acabaron los juegos —lo interrumpió furiosa Sara—. Estoy harta de tus medias verdades.

El hombre se sorprendió, pero no dijo nada. Siete se volvió hacia ella y permaneció al lado de su compañero, sin moverse ni inmutarse. Ocho se quedó muy quieto, atónito.

—Puedes llamar al resto de tus compañeros si quieres. Lo que tengo que decirte afecta a los demás —Sara pronunció las palabras con voz dura e inflexible.

—Reunión en la sala de ocio, ya —dijo Cinco por el intercomunicador.

Acudieron a la estancia e intercambiaron miradas expectantes. Sara les pidió que se sentaran e hizo lo propio junto con Zor-eel, al otro lado de la mesa. Inspiró con fuerza y se levantó.

—No sé a qué habéis estado jugando hasta ahora y para ser sincera me da igual —comenzó muy seria—. Según vosotros, habéis estado mucho tiempo custodiando un objeto para mí. Aquí estoy, dádmelo.

Sara observó las diferentes reacciones de los habitantes de aquel mundo: Treinta frunció el ceño; Cuatro, Ocho y Veintitrés se sorprendieron; Siete no cambió el gesto y Cinco hundió los hombros.

—Sara, no creo que esta sea la mejor manera de... —comenzó Cinco con voz tranquila.

—No me cuentes más historias. Dadme el objeto ya —le interrumpió Sara.

La mirada del hombre se endureció. Treinta se irguió en la silla y observó de reojo al líder, en espera de cualquier orden.

—Si no vas a atender a razones creo que hemos llegado a un punto muerto —anunció Cinco con voz desapasionada—. Tú no sabes dónde está el cubo y nosotros no vamos a dártelo si no nos aseguras que nos vas a ayudar a salir de este planeta. Creo que estamos condenados a colaborar —añadió con la intención de tender un puente entre Sara y él.

—Yo no necesito vuestra ayuda para salir de aquí —amenazó Sara.

No estaba segura de tener la energía para saltar de nuevo, pero sí sabía que no podía llevar a Zor-eel con ella. Se marcó el farol de igual manera.

—Podéis darme el objeto como muestra de buena voluntad. Entonces, es posible que os ayude. O puedo irme de aquí con mi amiga. Vosotros me necesitáis a mí, no yo a vosotros.

—¿Qué estás haciendo, Sara? ¿En verdad puedes sacarnos de aquí?

La voz de Zor-eel resonó en su cabeza, Sara la ignoró.

—¿Estás segura? —le preguntó el hombre con un brillo astuto en los ojos.

—Pues claro —afirmó Sara con toda la confianza que pudo reunir.

Todos intercambiaron miradas. La imagen de Cinco pareció parpadear.

—Marchad si así lo deseáis —dijo tranquilo—. No he querido nunca que se produjera ningún enfrentamiento.

Sus compañeros se volvieron asombrados hacia él.

«¡Mierda!», pensó Sara. No había previsto aquella respuesta. «¿Estará también marcándose un farol?».

—Si no queréis que colaboremos, encontraremos otra forma de escapar de Tempus —dijo Cinco reforzando lo que acababa de decir.

—¿Cómo? No lo habéis logrado en miles de años —insistió Sara sin darse por vencida.

—Supongo que eso ya no es asunto tuyo. Si es que en realidad queréis dejarnos aquí.

—Quiero hablar con Trece antes de irnos —pidió Sara. Se estaba agarrando a cualquier opción que la sacase del lío en que se había metido.

—Sara, creo que deberías reconsiderar tu decisión. Mientras tanto, entenderás que no te ayudemos, ¿verdad? —se limitó a decir Cinco—. Os dejaremos un rato a solas para que podáis hablar.

Se levantó y el resto lo hizo un segundo después. La alarma volvió a sonar antes de que ninguno alcanzase la puerta. Las luces cambiaron de tonalidad de nuevo.

—Nuevo ataque detectado. Núcleo en peligro.

La voz se extinguió junto a la alarma. Las luces parpadearon, pero siguieron activas.

—¿Cero? —llamó Cinco—. ¡Cero!

No obtuvo respuesta.